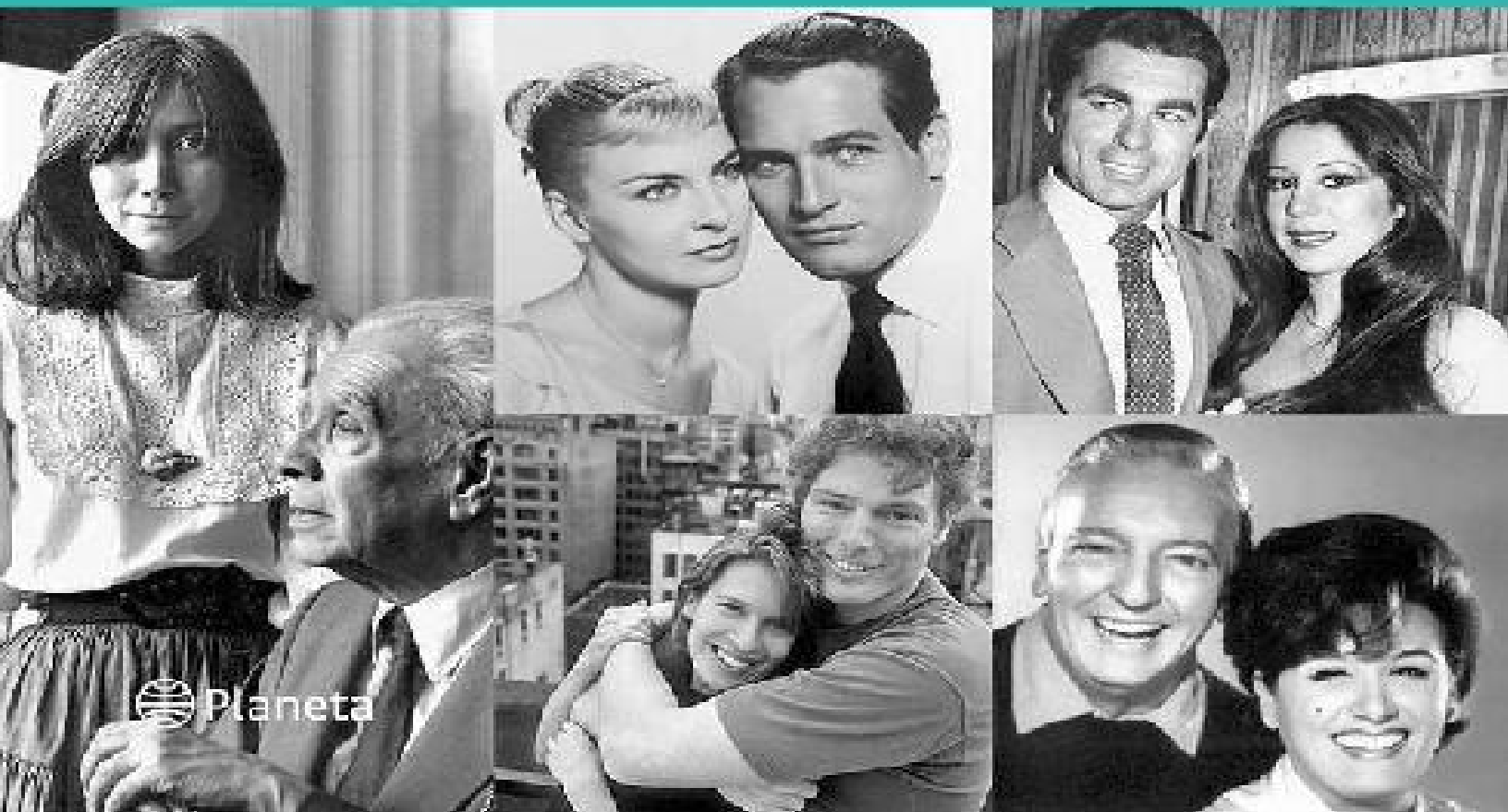




MARÍA ISABEL SÁNCHEZ

AMOR DEL BUENO

Diez historias de amor que inspiran



Amor del bueno

Amor del bueno
Diez historias de amor que inspiran

María Isabel Sánchez

Índice de contenido

Portadilla

Legales

Prólogo

Introducción . La esencia del buen amor

1. -El compañerismo- Con su blanca palidez. *Paul McCartney y Linda Eastman*
 2. -El humor- Elogio de la risa. *Ana María Campoy y José «Pepe» Cibrián*
 3. -La pasión- La viuda de España. *Isabel Pantoja y Francisco «Paquirri» Rivera*
 4. -La fidelidad- Cincuenta años de amor. *Paul Newman y Joanne Woodward*
 5. -La admiración- El hambre del corazón. *Jorge Luis Borges y María Kodama*
 6. -La solidaridad- Superwoman. *Christopher Reeve y Dana Morosini*
 7. -Los ideales- El gorrión y el cóndor. *Juan Domingo Perón y María Eva Duarte*
 8. -La atracción- Monumento al amor. *Shah Jahan y Mumtaz Mahal*
 9. -La generosidad- Dar hasta que duela. *Sandra Mihanovich y Marita Novaro Hueyo*
 10. -El proyecto- Mujer de un solo hombre. *Sophia Loren y Carlo Ponti*
- Bonus track. -La Amistad- Mi vida con China. *Carlos Perciavalle y China Zorrilla*
- Epílogo*

Sánchez, María Isabel

Amor del bueno / María Isabel Sánchez. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Planeta, 2018.

Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga

ISBN 978-950-49-6302-8

1. Narrativa Argentina. 2. Cuentos Románticos. I. Título.

CDD A863

© 2018, María Isabel Sánchez

dición a cargo de Ana Wajszczuk

Diseño de cubierta: Departamento de Arte de Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.

Foto de Pantoja/Paquirri: Álvaro García Pelayo

Foto de Paul/Linda: AP

Foto de Loren/Ponti: Archivo La Repubblica

Foto de Newman/Woodward: Retrato publicitario de la película The Long, Hot Summer.

Foto de Cibrián/Campoy: Retrato publicitario

Foto de Zorrilla/Perciavalle: Retrato publicitario del musical Diario privado de Adán y Eva.

Foto de Reeve/Dana: Christopher Reeve Homepage

Foto de Borges/Kodama: Pepe Fernández

Todos los derechos reservados

© 2018, Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.

Publicado bajo el sello Planeta®

AV. Independencia 1682, C1100ABQ, C.A.B.A.

www.editorialplaneta.com.ar

Primera edición en formato digital: mayo de 2018

Digitalización: Proyecto451

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del “Copyright”, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

Inscripción ley 11.723 en trámite
ISBN edición digital (ePub): 978-950-49-6302-8

Prólogo

El diez es un número misterioso, cargado de símbolos. Diez son los mandamientos que Dios legó a Moisés y, desde entonces, el Decálogo de las Tablas de la Ley rige nuestras vidas. Los psicoanalistas y los escritores lidiamos a diario con los diez preceptos fundamentales. Nuestros pacientes, pero también los personajes que creamos en nuestras novelas y cuentos, suelen perderse en este laberinto de diez tortuosos pasadizos. Freud encontró en Moisés una fiel metáfora paterna, el símbolo de la ley que, como un cincel en la piedra, talla los límites de la moral.

Pero el gran interrogante que impulsa los actos más heroicos y nos confronta con las frustraciones más dolorosas es, sin dudas, el amor. María Isabel Sánchez sabe de qué habla cuando habla de amor y pone al alcance de nuestra mano un decálogo impecable del amor, pero no de cualquier amor, sino del bueno. Enumera los valores de estos diez mandamientos amorosos, e ilustra cada ítem con diez de las parejas más célebres de todos los tiempos.

María Isabel, cuya voz amiga nos acompaña cuando la leemos, transporta al lector a la India del siglo XVII para hacerlo estremecer con la atracción que signó la pareja de Shah Jahan y Mumtaz Mahal, inmortalizada en el más grande monumento al amor: el Taj Mahal.

Con la entrañable calidez de los personajes que nos son más cercanos y propios, Sandra Mihanovich se convierte en el ejemplo perfecto de la generosidad, al transformar en acto literal aquello de «te doy un pedazo de mí» cuando le donó un riñón a la hija de su pareja para que pudiera seguir viviendo.

España, Italia, Argentina, Estados Unidos, el amor avanza sin detenerse en fronteras, derribando obstáculos y prejuicios. María Isabel Sánchez sabe cómo contarlos porque conoce el alma humana. No incurre en artificios ni construye paraísos idílicos lejos de los sufrimientos reales. Al contrario, a cada amor le llega su página negra, aquella parte del camino donde el dolor toma revancha y el amor se convierte en una historia heroica, como en el capítulo sobre la solidaridad, en el que María Isabel nos sorprende con los detalles de la relación entre Christopher Reeve y Dana Morosini.

El compañerismo, los ideales, el humor. El decálogo de María Isabel

Sánchez hasta se permite agregar un décimo primer mandamiento: el que habla de la amistad.

Amor del bueno nos propone ser mejores. Es uno de esos libros que invitan a trasladar la palabra escrita a la vida cotidiana, el territorio en el que se dirimen los amores: los buenos, los malos y los olvidados.

Amor del bueno consagra a María Isabel Sánchez como una mujer intuitiva y a la vez estudiosa conocedora del juego más vertiginoso que nos toca jugar en esta vida: el juego del amor.

Federico Andahazi

Introducción

La esencia del buen amor

¿Qué es un buen amor? Para responder semejante pregunta, deberíamos primero tener absolutamente claro el concepto de AMOR. Pero sobre este punto las definiciones son infinitas, y como cualquier actividad, sentimiento o emoción humana, no hay un concepto objetivo: desde el punto de vista de nuestra condición de «sujetos», tal objetividad es una mera ilusión. Todo lo que hacemos a lo largo de nuestra existencia estará siempre teñido de nuestra subjetividad. De manera consciente o inconsciente, la apreciación que hagamos de los hechos y de las personas que nos rodeen estará siempre condicionada por las propias experiencias y por cómo hayamos aprendido de cada una de ellas.

Por eso tantas mujeres y hombres podrían percibir el amor, por ejemplo, como un sentimiento que incluye distintas actitudes: celos, vértigo, posesividad y hasta violencia. O bien —en el otro extremo—, el amor puede ser concebido como solidaridad, cuidados, protección y respeto.

Infinidad de profesionales de la psicología han explicado que concebimos el amor de acuerdo a cómo lo hemos aprendido en nuestra infancia, en la familia de origen, con nuestros padres y en nuestro entorno. Sostienen que como en la infancia el amor de los padres suele ser incuestionable, si —por ejemplo— en el entorno familiar ha habido violencia, podríamos haber aprendido que el amor puede incluir malos tratos.

De manera que definir el amor no es tarea fácil, porque para cada uno puede ser algo diferente. Pero hay teorías que han tratado de analizar los componentes del amor de pareja, y una de las más difundidas es la de Robert Sternberg, un psicólogo norteamericano que ha realizado investigaciones científicas sobre la inteligencia, el amor, el odio y la sabiduría.

Sternberg desarrollo la «Teoría triangular del amor», mediante la cual sostiene que deben darse tres elementos para que el amor de pareja exista:

- LA INTIMIDAD, concebida como una suerte de conexión emocional y de confianza que se da entre dos personas.
- EL COMPROMISO, la decisión voluntaria de permanecer junto a

otro más allá de las circunstancias favorables o adversas que se presenten y de proyectar un futuro compartido.

- LA PASIÓN, que abarca a la atracción física y el deseo sexual de dos personas.

Según el científico, no todas las parejas logran reunir los tres componentes, y así se dan relaciones que, con alguna carencia, igual lograr mantenerse juntas, pero con vínculos sucedáneos del amor. Por eso hay parejas unidas por el interés, otras solamente por la sexualidad y otras arregladas desde lo puramente racional.

La teoría de Sternberg parece la más cercana a una definición realista del amor, por más que la pasión pueda ser motivada por distintos aspectos del otro que ni el mismo enamorado podría explicar.

Los poetas, los músicos y los guionistas de cine y teatro han mostrado al amor con distintas caras, y las historias más taquilleras han sido siempre las que encierran drama, sufrimientos, pasiones oscuras y dificultades a sortear para consumir el amor. Y es que los amores tormentosos tienen buena prensa, pero todos sabemos que en la vida real pocas veces son fuente de felicidad y, en general, terminan mal.

La literatura y el cine nos han mostrado innumerables ejemplos de esos amores que nos hicieron soñar, pero que poco tenían de realistas. Los amores célebres de la vida real que hemos conocido a través de las revistas, de la televisión y de la historia pueden no haber sido tan glamorosos como nos los contaron. De ellos ya me he ocupado en mi anterior libro, *Amores reales. El lado oscuro de los romances de la monarquía* y también en *Pasiones y tormentos. Cuando el amor lastima*, ambos de editorial Planeta.

En el presente libro elegí investigar y contar las historias de once parejas famosas que vivieron relaciones de amor tan intensas y románticas como aquellas que nos tuvieron extasiados frente a la pantalla o a lo largo de las páginas de un libro, pero con finales diferentes. Algunos tristes, otros felices, pero todos signados por la alegría por el bien del otro, que creo, finalmente, es la verdadera esencia del buen amor.

Así, transitaremos las historias de amor del músico Paul McCartney y su esposa Linda, de los actores Pepe Cibrián y Ana María Campoy, de la cantante Isabel Pantoja y el torero «Paquirri», del actor Paul Newman y Joanne Woodward, de nuestro escritor emblema Jorge Luis Borges y María Kodama, del actor superestrella Christopher Reeve y Dana Morosini, de los míticos

Perón y Evita, del emperador Shah Jahan y su adorada Mumtaz Mahal, de la cantante Sandra Mihanovich y Marita Novaro Hueyo y de la actriz Sophia Loren y el director Carlo Ponti, con un «bonus track» muy especial: la historia de amor/amistad que unió a dos actores tan queridos por los argentinos como China Zorrilla y Carlos Perciavalle.

A cada una de esas historias la he relacionado con una característica especial que marcó el estilo de esa pareja e hizo de esa relación un buen amor. Por supuesto, no necesariamente esa característica o valor fue la única que tuvo esa pareja, pero sí la más significativa.

Seguramente, las virtudes y los sentimientos que los unieron serán comunes y se repetirán en alguna de las otras historias, pero todas ellas comparten el hecho de que cada uno buscó el bien y la felicidad del otro, promovió y ayudó al desarrollo personal de su pareja aun cuando eso significara la postergación de los propios intereses, se cuidaron mutuamente, se respetaron mientras estuvieron juntos. Muchos de ellos vivieron unidos y se amaron hasta la muerte, y a otros, ni siquiera la desaparición física del ser amado pudo separarlos.

Amores que no fueron perfectos, pero sí inspiradores para otros, para aquellos que aún soñamos encontrar el amor —el buen amor— para toda la vida.

1

El compañerismo

CON SU BLANCA PALIDEZ

Paul McCartney y Linda Eastman

Si hay una historia de amor que merece ser tomada como bandera de los buenos amores, es la que escribieron uno de los más prolíficos y celebres cantautores británicos, Paul McCartney, y su esposa, la fotógrafa Linda Eastman. Esta pareja icónica tenía —como tienen casi todas las parejas— su propia canción, aquella que los identificó desde un principio... y no era un tema de Los Beatles.

Paul nació el 18 de junio de 1942 en la ciudad inglesa de Liverpool; Linda, el 24 de septiembre del mismo año en Nueva York. Se conocieron veinticinco años después, el 15 de mayo de 1967, en un club de moda londinense. Chas Chandler, bajista del grupo Animal, los presentó. Fue amor a primera vista.

«Todavía recuerdo cómo fue nuestro primer encuentro. Fue en un club de Londres, el Bag O’Nails, una noche en la que estaban actuando Georgie Fame y los Blue Flames», le contó el ex-Beatle al diario español *El Mundo* en abril de 2008. «De un extremo a otro de aquella sala abarrotada de público, nuestros ojos se encontraron y los violines empezaron a sonar», relataba románticamente.

Linda era hija de un abogado de fama, Lee Eastman, recibido en Harvard, quien había alcanzado mucho éxito en el ejercicio de su profesión. Pese a lo que muchos asociaron durante años, la fotógrafa nada tenía que ver con la empresa Eastman Kodak. Vivía en un piso en Park Avenue, un sitio elegante en el centro de Manhattan, rodeada de una colección de arte impresionante. Linda había estudiado arte en Arizona y había crecido entre obras de artistas del mayor nivel.

En la universidad, conoció a quien sería su primer esposo, Mel See; se casaron y tuvieron una hija. Dos años después se separaron, y Linda volvió a Nueva York con su bebé. Alquiló un departamento y empezó a trabajar como fotógrafa en las fiestas de las celebridades.

La rubia era desprejuiciada y, en plena época de amor, paz y rock and roll adoraba divertirse; cuando conoció a Paul, ya había tenido al menos veinte novios, muchos de ellos famosos. Paul en ese momento estaba de novio con Jane Asher, que poco tiempo después habría de abandonarlo a causa de un *affaire* que el ex-Beatle tuvo con una joven llamada Francie Schwartz.

«Entre nosotros surgió inmediatamente la atracción», contaba Paul acerca de ese primer encuentro en el bar. «Cuando ya se iba a ir, vi que había una oportunidad clara. “Me llamo Paul —le dije—, ¿y tú?”. Probablemente me había reconocido. Aquella misma noche, más tarde, nos fuimos juntos a otro club, el Speakeasy. Fue la primera vez que salimos juntos y recuerdo que fue

también la primera vez que yo oí [la canción] “A Whiter Shade of Pale” [traducida en España como “Con su blanca palidez”], de Procol Harum. Se convirtió en nuestra canción.» Así sonaba para ellos por primera vez el tema cómplice de la pareja durante los siguientes treinta y un años que pasarían juntos.

Los Beatles presentaban por esos días su nuevo y revolucionario álbum, *Sgt. Pepper’s Lonely Hearts Club Band*, al mismo tiempo que comenzaba una historia de amor del bueno, un amor que rescataría a Paul de la depresión que le causaban los problemas en el grupo, que empeorarían hasta su separación oficial en 1970.

Durante la Navidad de 1968, Paul le regaló a Linda un anillo de diamantes de cien mil libras esterlinas y le propuso casarse con él. Se unieron legalmente en Londres el 12 de marzo de 1969, cuando Linda ya estaba embarazada de cuatro meses de su primera hija con Paul, Mary. Desde entonces, durmieron juntos cada día de sus vidas, hasta el final.

Poco después de casarse con Linda, Paul compuso «Maybe I’m Amazed» («Quizá estoy asombrado»), una auténtica canción de amor, tan romántica como potente, cuya letra habla por sí sola...

«Quizás estoy asombrado por la forma en la que me amas todo el tiempo... Quizás estoy asustado por la forma en que te amo...»

El álbum *McCartney*, que incluyó esta canción, fue presentado en público el 17 de abril de 1970.

Juntos a la par

Paul vivía muy mal la separación del grupo de Liverpool. Solía decir que lo más divertido que le había pasado en la vida era estar en un escenario junto a sus amigos. Pero eso ya constituir parte del pasado. Por eso Paul decidió formar un nuevo grupo junto a la mujer que amaba, quien era además su sostén y su gran amiga. Así, tras muchos meses de ensayos, debutaron con la banda Wings en la Universidad de Leeds, en Inglaterra.

Paul fue muy criticado por el público y por sus pares a raíz de la decisión de incluir en su banda a Linda, una mujer sin talento musical, sin aptitudes de cantante ni de pianista. El mismísimo Mick Jagger había expresado en relación con esto: «Por nada del mundo metería a mi mujer en mi propia banda». Pero Paul tenía la profunda convicción de que su esposa debía estar allí, más allá de todo: «Le dije a Linda si no quería participar de la banda. Me gustaba

demasiado estar con ella como para salir de gira y que se quedase esperándome», declaró.

El músico sentía que su vida había cobrado otro sentido junto a Linda. Cuando nació Stella, su segunda hija juntos, comenzó a pensar en ángeles, y esa asociación con las alas de los ángeles fue su inspiración para bautizar al nuevo grupo, Wings («Alas»)

Según las crónicas de la época, y las posteriores declaraciones de Paul, Linda sufría mucho en cada presentación del grupo, a causa de su falta de conocimiento musical. Muchas veces, incluso, lloraba antes de salir al escenario. Más de una vez su esposo debió salir al rescate de la fotógrafa devenida pianista y cantante, porque ella, aterrorizada, olvidaba los acordes de las canciones.

Pero más allá de las críticas, la agrupación Wings —a pesar de o gracias a Linda— dio la vuelta al mundo con su música, y sus *hits* mantuvieron al ex-Beatle siempre al tope de los *charts* de todo el planeta. Wings fue sin dudas una de las bandas más exitosas de los años setenta. El álbum *Band on the Run* ganó el premio Grammy y vendió más de tres millones de discos en Inglaterra. Con Wings y Linda a su lado, Paul McCartney se superó a sí mismo y también lo hizo respecto de su pasado glorioso de Beatle.

En 1973, Paul escribió otro verdadero himno al amor, que alcanzó la cima del éxito: «My Love».

«Y cuando me voy, sé que mi corazón puede quedarse con mi amor... y mi amor me hace bien.»

Sin embargo, estas no fueron las únicas canciones que un hombre le escribió a Linda. En 1947, cuando ella era una niña de 6, Jack Lawrence, un compositor que era cliente de su padre —y que le escribía canciones, entre otros, a Frank Sinatra—, le escribió el tema «Linda», que fue grabado por Buddy Clark, Jan and Dean y Perry Como.

Paul recordaba a Linda como una mujer hermosa, todo el tiempo al natural, con poco maquillaje y una «bella palidez», tal como la canción que era estandarte de su amor. El músico siempre dijo que su esposa le enseñó a disfrutar de las pequeñas cosas, a relajarse y a ser una persona «normal y corriente». Es que la fotógrafa, apasionada por su cámara y por las oportunidades que le daba la vida de capturar momentos inolvidables junto a un hombre único que la amaría hasta la muerte, dejó en la vida del músico una huella imborrable.

«Linda no sacó muchas fotos de Los Beatles, pero aprovechaba al máximo las oportunidades cuando estábamos en el estudio, que fue casi siempre en Abbey Road. Ponía un cuidado exquisito en no interrumpir. Tenía ese don de no meterse en medio. Tenía ese estilo inigualable con el que se sentaba en un rincón, sacaba la cámara, tomaba un par de instantáneas y la volvía a guardar», recuerda Paul en la entrevista que concedió al diario español años después de la muerte de su gran amor.

Pero Linda no solo había fotografiado a su célebre esposo y al grupo más famoso de la historia de la música pop. Sus retratos de Neil Young, Jimmy Hendrix, Bob Dylan, Eric Clapton, Janis Joplin, Simon & Garfunkel, The Doors, The Who y hasta The Rolling Stones fueron muy difundidos y revelaron no solo su talento como fotógrafa, sino también la devoción que profesaba por la música y sus protagonistas.

Cuando Linda conoció a Paul, tenía ya una hija de 5 años de un primer matrimonio, cuyo nombre —Heather— seguramente habrá resonado en los oídos de Paul varios años después, cuando después de la muerte de Linda se casó y se divorció de una ex modelo llamada Heather Mills, quien lo hizo vivir una relación tormentosa con un triste y disputado final, peleando por la fortuna del músico.

Volviendo al comienzo del amor entre Paul y Linda, la pequeña Heather comenzó a decirle «papá» a Paul y se integró por completo a la flamante familia. Paul admiraba fundamentalmente la manera en la que Linda se manejaba en su vida y aquellos aspectos de la personalidad de ella que la habían enriquecido. Juntos habían decidido criar a sus hijos lejos de los flashes, en un ambiente campestre, inculcándoles la vida familiar y el respeto por todos los seres vivos como bases fundamentales. Para Paul y Linda, la familia que habían formado —junto a sus hijos Heather, Mary, Stella y James— era su proyecto esencial como pareja.

Esa rubia debilidad

Paul sentía un amor conmovedor por su esposa y siempre rescató lo divertido que era vivir a su lado: «Hemos tenido mucha diversión juntos, la esencia de lo que éramos. Nuestra actividad preferida era estar juntos, simplemente para pasarla bien. Y Linda es grandiosa en eso de vivir el momento». También el ex-Beatle relató algún que otro momento difícil de la pareja: «Tuvimos una gran discusión la noche anterior a nuestro casamiento, y

casi fue cancelada la boda. Fue milagroso que lo hiciéramos, pero lo hicimos.»

Muchos años después, admitió que fue Linda quien lo sostuvo en el difícil trance de la separación de Los Beatles: «Me estaba volviendo loco» —había confesado—. «No me levantaba por la mañana, y cuando lo hacía, tomaba alcohol». Mientras vivían en Escocia, en la granja de Park Farm donde habían decidido criar a sus hijos, Paul intentaba salir de la depresión al lado de su esposa. Para distraerlo, ella lo sacaba a dar interminables paseos por el bosque y a caballo.

Fue Linda quien lo convenció de que había un futuro para él como solista, que había razones para seguir adelante, que él podía continuar sin Los Beatles. Así, Paul comenzó a pensar en una carrera después de ese final. Era músico y siempre lo sería, con o sin Los Beatles.

Según Paul, otra de las virtudes de su esposa era su capacidad para tratar con cualquiera. Ella no tenía ninguna dificultad para moverse en los niveles más altos de la sociedad y también era capaz de «conectar con enorme facilidad con la gente de la calle. Tenía una forma de ser muy natural». Él solía destacar la naturalidad con la que Linda vivía su vida, sin alardes ni estridencias. Nunca hizo de «estar casada con un Beatle» una excusa o una causa para cobrar protagonismo.

«Simplemente era una persona estupenda para salir por ahí con ella: muy divertida, muy ocurrente y muy inteligente. Era capaz de hablar con la misma naturalidad con el cartero del pueblo que con un marchante de arte de Nueva York», decía Paul, orgulloso. Linda solía hablar con la prensa de su pareja con Paul como la relación de «dos enamorados adolescentes». Contaba que hacían cosas románticas, como caminar tomados de la mano por el campo o tener citas como si aún fueran novios.

Pese a que era reservada y que casi siempre cultivó el bajo perfil al lado de un artista enorme, todo su entorno supo muy bien la clase de mujer que era Linda Eastman. «Para ella lo más importante era su mundo privado, no su proyección pública, y esa es la razón por la que se tardaba un poco de tiempo [en conocerla]», explicaba el artista sobre la mujer que lo había enamorado.

La rubia debilidad del genio de Liverpool tuvo también sus propios intereses y pasiones. Fue activista por los derechos de los animales, era vegetariana y dedicó a estas actividades gran parte de su tiempo. Escribió varios libros de cocina y fundó una empresa de comida vegetariana que funcionó con mucho éxito en los Estados Unidos y en Inglaterra: Linda

McCartney Foods Company.

Como el compañerismo fue el gran vector que guio este buen amor, Linda introdujo a su marido en el vegetarianismo en 1975 y también lo involucró en la lucha por los derechos de los animales, especialmente de aquellas especies en peligro de extinción. En 1991, presentaron una línea de vegetales congelados bajo el nombre de «Linda McCartney», que fue furor en ventas y la hizo multimillonaria, mucho más de lo que ya era por el dinero de su esposo.

Su fama como vegetariana trascendió fronteras, no solo por lo que inculcó a sus hijos —su tercera hija, Stella, una reconocida diseñadora de modas, es también vegetariana y aplica los principios de sustentabilidad en su negocio —, sino que incluso Linda apareció en un capítulo de la serie *Los Simpson*, que tuvo como título «Lisa vegetariana». Hubo otro en 1998, también en su honor, llamado «Basura de titanes». Linda fue, a todas luces, una mujer discreta, buena compañera y excelente madre. Se volcó de lleno en la defensa de sus convicciones y hasta se animó a cantar, a tocar el piano —pese a tener escaso talento para ello— y a subirse a un escenario para acompañar a su esposo en su carrera musical con Wings.

Muy valiente, incluso salvó la vida de su esposo en un viaje a Nigeria, donde viajaron juntos para grabar el célebre álbum *Band on the Run*. Corría 1973 y el matrimonio salía del estudio de grabación una noche, en las calles de la ciudad de Lagos, cuando fueron abordados por un grupo de delincuentes que los asaltaron y que incluso tenían intenciones de asesinarlos. La rubia comenzó a gritar con todas sus fuerzas: «¡No lo maten! ¡Es Paul, el Beatle!». Y eso los salvó.

Claro que tuvieron días oscuros, aun los mejores amores los tienen. Paul y Linda fumaban marihuana y eso les acarreó innumerables episodios desagradables en algunos aeropuertos de los Estados Unidos y un horrible momento que tuvo lugar en 1980 en Japón. Después de tres años de tener denegado el ingreso a ese país, Paul obtuvo la visa para actuar en Tokio.

Todo se malogró porque su esposa metió un paquete con marihuana en el equipaje. Al ser descubierto, Paul fue encarcelado, y gracias a que era una celebridad de la música pasó solo diez días en prisión y luego fue deportado. Las consecuencias podrían haber sido mucho peores: el delito contemplaba una condena de ocho años de prisión, pero el gobierno británico intercedió y Paul pudo salir de la cárcel con rapidez. Naturalmente no hubo concierto en Tokio.

Muchos creyeron que tras este episodio el matrimonio McCartney iba a

naufragar, pero evidentemente el amor fue más fuerte. De hecho, esos diez días en prisión fueron los únicos de todo su matrimonio en los que la pareja durmió separada.

«Para mí, la fotografía más triste y más inolvidable que hizo Linda — reveló Paul— es el autorretrato que se hizo en 1997, no mucho antes de morir, en el estudio de Francis Bacon en South Kensington [barrio de Londres].» Por aquella época, ella sabía que estaba enferma, tomaba sesiones de quimioterapia y le estaba volviendo a salir el pelo.

«Yo pensaba que por aquel entonces tenía un aspecto muy elegante. Ella no sabía que se estaba muriendo», confesó Paul. «A decir verdad, no estoy seguro de que llegara a saber en ningún momento que se estaba muriendo. Lo hablé con el médico y este me dijo: “No creo que ella quiera saberlo. Es una señora tan fuerte, tan valiente, y una mujer tan positiva que no creo que eso le haga ningún bien”».

Dos meses antes del final, Linda sentía que estaba recuperada y así se lo dijo a un periodista de la revista británica *OK*. «Estoy de vuelta» fueron sus palabras. Pero no. «Salió a montar a caballo incluso el día antes de morir. Le encantaba sobremanera montar a caballo. Le gustaba más estar allá arriba que en el suelo», contó Paul. El 17 de abril de 1998, tras casi tres años de lucha contra un cáncer de mama con metástasis en el hígado, Linda y Paul se separaron para siempre. Él estaba a su lado cuando ella murió. Ella tenía 56 años. El músico quedó destrozado. Se encerró junto a sus hijos en la residencia de Sussex donde había vivido con ella y la lloraron en privado.

Paul definió de manera tan simple como sentida su buen amor: «Linda y yo tuvimos mucha suerte. Fuimos fieles y felices durante treinta años. Luego tuve un largo período de duelo que fue la experiencia más dura que pasé en mi vida».

El compañerismo y el amor

Si bien algunas corrientes de pensamiento separan la amistad del amor de pareja por considerar que la primera podría actuar en detrimento de la pasión sexual, la relación entre Paul McCartney y su esposa Linda Eastman nos deja el sabor dulce de que el compañerismo es un factor aglutinante que solidifica las relaciones, las hace gratificantes, divertidas e indestructibles.

El psicólogo Walter Riso es un férreo defensor de este valor. En el artículo publicado en su página web «alter-riso.com», que tituló «La amistad en la

pareja», sostiene que «Hacer incompatible el compañerismo de pareja con el deseo es crear una falsa dicotomía. No se trata de excluir la pasión del compromiso, sino de integrarlos en un amor más unificado y completo». Riso cita al filósofo Vernant: «Ser camaradas es ser amigos en el día a día. Cuando se ha comido, se ha bebido y reído juntos, y se han hecho también las cosas importantes y serias, esta complicidad crea tales vínculos afectivos que solo se puede sentir llena la propia existencia en y por la proximidad del otro».

El compañerismo es, a todas luces, uno de los pilares de las relaciones de amistad, pero no siempre está presente en las relaciones de pareja. No obstante, sin duda está en la base de los buenos amores. Si la pareja es fundamentalmente compartir, ser parte de la vida del otro y darle lugar al otro en nuestra vida, el compañerismo debería ser un factor esencial de este tipo de vínculos.

No sabemos si Paul McCartney experimentó de golpe una fuerte vocación por la alimentación vegetariana o por la defensa de los derechos de los animales. Tampoco si Linda sintió siempre el deseo de cantar frente a millones de fans que muchas veces la abucheaban y se burlaban de ella en las presentaciones de Wings. Solo ellos en su fuero más íntimo habrán podido —o no— distinguir el verdadero deseo individual de aquella fuerza que los empujó a abrazar la pasión del otro contra viento y marea. ¿Habrá sido fácil para Linda lidiar con un hombre deprimido, más allá de que fuese un *rockstar* que provocaba delirio y admiración en mujeres y hombres? ¿De dónde habrá sacado Paul su fortaleza para acompañar el sufrimiento final de aquella mujer que siempre había sido su pilar?

Los buenos amores no siempre son un devenir de momentos felices y gratificantes. En los días grises como en los luminosos, el compañerismo es lo que nos hace salir del individualismo para ir al encuentro del otro, para promover la felicidad de aquel que amamos, para ser parte de su mundo y hacerlo partícipe del nuestro, más allá de que nos convenga o nos divierta. Y las dificultades indefectiblemente se alivianan cuando al lado está para sostenernos aquel que nos ama... y se le nota.

Paul y Linda vivieron treinta años de amor, que tal vez no fue perfecto y tampoco eterno. Pero fue, sin dudas, amor del bueno.

2

El humor

ELOGIO DE LA RISA

Ana María Campoy y José «Pepe» Cibrián

Simpática y graciosa hasta la médula, la pareja que conformaron Ana María Campoy y José Cibrián, dos de los actores más emblemáticos del teatro y la televisión argentina, solo tuvo un mes y medio de noviazgo, pero bastó para que se conocieran lo suficiente y empezaran a amarse y a divertirse juntos a lo largo de un camino de libertad, de proyectos compartidos, de amor del bueno y también de protección y sostén mutuos.

Nacida en una familia de actores, a «la Campoy» —como quedaría inmortalizada cariñosamente entre el público argentino— el destino la hizo venir al mundo el 26 de julio de 1925 en la ciudad de Bogotá, Colombia, de manera casi accidental, ya que sus padres (Ana, una actriz española, y Ernesto, colombiano y de profesión apuntador, ambos dueños de una compañía teatral en España) se encontraban de gira en esa ciudad latinoamericana haciendo una obra de Shakespeare: la trascendental *Hamlet*. La pequeña Ana absorbió ese ambiente desde la cuna: a los 4 años, de manera impensada y espontánea, hizo su debut actoral en el teatro donde trabajaban sus padres en España.

«Mis padres hacían una obra —solía contar la propia actriz con la gracia que le era tan natural— y cuando ellos estaban en escena yo miraba y miraba, y ese día yo estaba jugando al teatro. Y entonces vi que estaba el público y que no había nadie en el escenario y me dije: “Qué barbaridad —me acuerdo vivamente de ello—. ¿Cómo es que no los están entreteniendo? Lo haré yo”. Entonces salí al escenario y empecé a hacer monerías arrastrando un vestido de gitana que me quedaba grande, y la gente comenzó a reírse. Pero fue como una broma, y además no era fácil dedicarse al teatro porque había que tener permiso para actuar siendo menor.»

Su verdadero trabajo como actriz comenzó pocos años después, cuando Ana ya tenía 7 y sus padres obtuvieron el permiso formal para su debut en el teatro. La familia vivía en Málaga, España. En 1936, cuando Ana cumplió los 11 años, estalló la Guerra Civil entre republicanos y franquistas. Siendo tan pequeña, debió convivir con la idea de la posibilidad de su muerte y la de sus padres y su hermana menor, Carmen, quien también tendría un destino de actriz.

«Mi madre siempre quería que estuviéramos todos juntos —relató una vez Ana— porque si nos mataban a los cuatro no era igual; no habría memoria de nada, nadie lloraría a nadie. Mi madre tenía esa teoría.» Extraña experiencia para una niña que debió madurar de golpe: «La guerra me hizo mujer muy rápido», confesaba al respecto.

Naturalmente, los tres años que duró la guerra que enlutó a un país entero y

se cobró diez millones de vidas impidieron el normal desarrollo de la educación de los niños de la época. Como también la posguerra, donde otros flagelos acechaban a la España de la dictadura de Francisco Franco. La injusticia, las persecuciones políticas, el hambre, la prostitución y el odio reinante en una sociedad rota hicieron de la vida de millones de españoles un verdadero infierno del que había que huir.

Ana debió suspender su asistencia a la escuela y recién pudo completar su educación cuando volvió la paz. Y para aquella época, ya entraba en la adolescencia con un impactante cuerpo de mujer. Optó por ser autodidacta y así completar sus estudios por sus propios medios.

La actriz recordaba aquellas épocas con verdadera angustia: «España me dolía. Quería salir de allí, de tantas fotos de Franco, de la falsa moral, de la rigidez, de las delaciones, de la vigilancia. Estaba harta...». La vida la empujó nuevamente al vacío con la pérdida de su madre, fallecida cuando ella tenía solo 15 años. Y así fue como Ana decidió tomar las riendas de su vida y echar a volar.

Reencuentro

No fue difícil definir cuál sería su destino; Ana tenía muy claro lo que quería de la vida y fue tras su sueño: ser actriz. Y lo persiguió con pasión, empeño y un talento natural. Cuando alcanzó la mayoría de edad, ya había trabajado en casi una treintena de películas en su país y luego en México.

En ese país, donde comenzó a «volar» sola —según ella misma relatara—, filmó *Cinco rostros de mujer* junto a Tita Merello en 1947 y se reencontró con Pepe, un joven compatriota, también actor, al que había conocido en España cuando ella era muy pequeña, ya que los padres de ambos habían sido amigos.

José «Pepe» Cibrián había nacido el 25 de febrero de 1918 en Buenos Aires, en el seno de una familia de actores itinerantes españoles que habían formado una compañía de teatro, al igual que los padres de Ana. Así fue que, de regreso en España, ambas familias se vincularon por su profesión y su vocación.

Al igual que los Campoy, los Cibrián debieron emigrar por cuestiones políticas a México, donde a su vez Pepe creó su propia compañía y produjo sus propias películas, que lo llevarían de gira por varios países latinoamericano. Así, encarnó a Jesucristo en el exitoso filme *Jesús de Nazareth* y realizó muchas otras producciones a lo largo de la década de oro

del cine latinoamericano en los años cuarenta. Y fue también en México, el país en el cual despegó su carrera como actor, donde finalmente se reencontró con la mujer que lo acompañaría el resto de su vida.

Se casaron en Guatemala en 1947 y tuvieron una luna de miel con escasa privacidad, recorriendo varios países junto a 34 actores que integraban la compañía de teatro donde ambos trabajaban. En mayo de 1948, nació su primer hijo, José «Pepito» Cibrián Campoy. Recién a fines de 1949 la pareja llegó a Buenos Aires, ciudad de la que se enamoraron para siempre y que sería el gran escenario de sus vidas y de sus carreras artísticas.

Cuando llegaron a la capital argentina, una anfitriona de lujo los esperaba en el andén de Retiro para darles la bienvenida y mostrarles la ciudad: nada menos que la ya celeberrima Tita Merello. Así lo relató en un artículo periodístico en la revista *Susana* el periodista Daniel Mañas: «Cuando el joven matrimonio baja del tren, los tres se abrazan y Tita ordena al chofer que llevaba las maletas: “Antes de llevarlos a dormir les mostramos un poco de Buenos Aires”. Cuando Merello los deja en el apartamento de la avenida Córdoba que les había alquilado, tratan de dormirse a pesar de la excitación, y antes de apagar la luz a las cuatro de la mañana, ella le dice: “Te quiero, Pepe”. Él responde: “Te quiero, Ana”. Minutos después en la oscuridad ella murmura: “De acá no me voy más”».

Mañas relata en su artículo los primeros pasos laborales de la pareja en la tierra natal de Pepe. Él venía de grandes éxitos de taquilla en México y enseguida tuvo muchas ofertas de trabajo, pero Ana pasó un año sin actuar. Un día, Pepe puso como condición para su participación en una obra un papel pequeño para su esposa. «Me impuso como si fuera una mantenida», recordaba Ana.

De esa manera, con una oportunidad para demostrar su talento y su gracia, Ana fue convirtiéndose en «la reina de la comedia» de Buenos Aires. Superados los escollos laborales, eran un matrimonio establecido e inmensamente feliz. Con su hijo Pepito y su segundo hijo, Roberto, formaban la Fundación Cibrián, como a ella le divertía llamarse. Después de cada función, tenían una consigna: volver a casa como una familia común y corriente, que se cuenta su día, pero sin hablar de trabajo.

Unidos en el arte y el humor

Ana y Pepe fueron pioneros de nuestra televisión y estrellas en la radio. Se

codearon con las grandes figuras del teatro de esa época de oro, tanto actores como directores, y se convirtieron en una marca registrada de los escenarios.

Pepe protagonizó, entre muchas otras películas, *Los árboles mueren de pie*, basada en la clásica obra teatral de Alejandro Casona, y trabajó con directores como Daniel Tinayre. Bajo la dirección de León Klimovsky, fue el galán de Mirtha Legrand en el filme *El pendiente*.

El matrimonio Cibrián-Campoy trabajó codo a codo en innumerables producciones, formando uno de los matrimonios más sólidos del ambiente artístico en la Argentina, un ámbito en el que no abunda la estabilidad afectiva, la fidelidad ni el compromiso. Una de las más emblemáticas y recordadas producciones que hicieron juntos fue la comedia familiar *Cómo te quiero, Ana*, escrita por Abel Santa Cruz, que se emitió por televisión a partir de 1953. Era una adaptación de la popular serie norteamericana *Yo quiero a Lucy* y se emitió por varias temporadas con gran éxito.

Si bien el éxito profesional los acompañó hasta los últimos días de la vida de ambos, su pareja no siempre transitó por un lecho de rosas, ya que ambos tenían —como todos— sus zonas oscuras.

Así reproduce Daniel Mañas la revelación de la Campoy sobre sus propias debilidades: «He tenido mis momentos de celos, nunca justificados, aunque tenemos pactos, por ejemplo, no bailar con otras personas. Él no me daba motivo de celos, me los daban las mujeres, porque somos tremendas, somos las culpables de que existan los celos. Una vez encontré a una actriz arrodillada en nuestro camarín y la saqué de los pelos, estuve días con pelos pelirrojos en la uñas. Pepe me juraba y me perjuraba que estaban corrigiendo una escena. ¡Estuvimos peleados seis horas! Nunca más que eso. Una noche, ya ni me acuerdo por qué, me fui de mi casa “para siempre”. Vivíamos en Liniers y cuando llegué a la esquina me di vuelta porque estaba segura de que Pepe venía corriendo a buscarme. Pero no. ¡Cómo es posible que no me siga si le dije que me iba! Sentí una soledad terrible y pensé: “Debe estar desesperado, esperándome para decirme cosas terribles”. Volví y, por mis hijos lo juro, ¡estaba durmiendo como un tronco! Me dio tanta rabia que lo desperté y le grité toda la noche».

La Campoy era todo un personaje arriba del escenario y fuera de él. Su gracia natural al hablar, sus gestos, su enorme expresividad y su estilo espontáneo hicieron reír y sonreír no solo al público, sino también a su esposo a lo largo de los cincuenta y seis años que vivieron juntos. Y es que el sentido del humor que corría por las venas de Cibrián y de Campoy fue

indudablemente uno de los pilares de sus vidas y del solido vínculo que los unió.

Pepe sufrió un accidente cerebrovascular a fines de los años noventa, que lo tuvo recluido en su casa al cuidado amoroso de Ana, hasta que partió, el 28 de diciembre de 2002, a los 86 años, en la casa que compartía con su esposa de toda la vida. Ana solía decir: «No hay nada más maravilloso que, después de un día de trabajo, estar con el hombre que una ama». Y la partida de ese hombre fue, de todos los golpes que le dio la vida, tal vez el más duro.

Ella lo siguió poco más de tres años después. Como dicen los actores, «se fue de gira» el 8 de julio de 2006, a reencontrarse con su Pepe, aquel que, según ella, «manejaba su casa y su corazón». Su hijo menor, Roberto Cibrián Campoy, cuenta que, indiscutiblemente, el humor fue la verdadera medicina de sus almas doloridas por la tremenda realidad que a ambos les había tocado vivir en sus infancias.

La crueldad y las miserias de la guerra, más el posterior desarraigo que los dos debieron sobrellevar a fuerza de valor y de entereza, los hicieron fuertes, pero fue el sentido del humor que supieron esgrimir en aquellos dolorosos momentos lo que los hizo sobreponerse y pelear por sus sueños y por el amor que se tenían.

«Verdaderamente sanadora», así califica su hijo Roberto a la alegría que ambos manifestaron a lo largo de sus extensas y prolíficas vidas, y revela un hábito que quedó plasmado para siempre en su memoria: «Vivían cantando». Uno de los más entrañables y aleccionadores recuerdos que lo hacen evocar cada día con más admiración a ese hombre y esa mujer que le dieron mucho más que la vida: le enseñaron a amar con alegría.

Humor: el mejor afrodisíaco

Según Sigmund Freud, «el humor es el mayor mecanismo de defensa del ser humano». Y todos sabemos que la capacidad de reírnos de nosotros mismos es un mecanismo altamente eficiente a la hora de lidiar con nuestras frustraciones y de sobrellevar las dificultades.

Si nos tomáramos el trabajo de realizar una encuesta «casera» entre nuestros amigos y conocidos acerca de cuál es la característica más apreciada en otro a la hora de elegir pareja, comprobaríamos que el sentido del humor estaría en el podio de los requerimientos para un amor del bueno.

La ciencia ya lo ha probado: según un trabajo publicado en la revista

Evolutionary Psychology, el sentido del humor es uno de los atributos de la personalidad más valorados, especialmente por las mujeres, que encuentran más atractivos a los hombres capaces de reírse de sí mismos.

El humor es, además, uno de los principales rasgos de la inteligencia emocional. Nietzsche opinaba que «la potencia intelectual de un hombre se mide por la dosis de humor que es capaz de utilizar». Y las neurociencias parecen haberle dado la razón al filósofo alemán: la Universidad de Nuevo México realizó una investigación que demostró que las personas con mayor índice de inteligencia tenían, a su vez, un profundo sentido del humor.

Otros estudios, por ejemplo los llevados a cabo en la Universidad de Michigan, revelaron que los individuos dotados de sentido del humor tienen menores riesgos de sufrir enfermedades como el ACV. De manera que la risa y la buena salud forman un vínculo con fuertes lazos.

Si una relación humana va a durar muchos años, es muy importante divertirse juntos. Así funciona el humor en los vínculos de amistad, y naturalmente mucho más en un matrimonio. Cuando las dificultades naturales de la vida, más los roces y las discusiones provocados por la rutina y la convivencia, conspiran contra el amor y el bienestar, allí está el humor para superarlos. Además, las personas con sentido del humor suelen ser verdaderamente creativas, y esa condición las ayuda a enfrentar sus problemas con mayor flexibilidad y capacidad para encontrar soluciones.

Y no se trata de ser graciosos o chistosos, sino de poder reírse de las mismas cosas, de que el sentido del humor sea compartido, como lo era entre Ana María Campoy y Pepe Cibrián. La risa, la diversión y las actividades recreativas producen endorfinas (las hormonas del placer y de la felicidad), así como dopamina y serotonina, que son sustancias que regulan el estado de ánimo y funcionan como motivadoras.

En el XI Congreso Europeo de Sexología (2012) y en el Congreso Mundial de Medicina Sexual (2013), la psicóloga española Ana Sierra presentó varios talleres de lo que ella llamó «risexterapia», una técnica similar a la «risoterapia» pero que potencia la sexualidad. Así como esta última técnica estimula a los pacientes a utilizar la risa para combatir el estrés, la ansiedad y la angustia y lograr un mayor bienestar en sus vidas, la «risexterapia» ayudaría a aquellas parejas que tienen problemas con su sexualidad (psicológicos o físicos) a manejarlos a través del sentido del humor para afrontarlos, relajarse y poder disfrutar más.

No es una novedad que la risa se opone a la tristeza y la combate, y que la

alegría mejora la salud mental y física. El sentido del humor contribuye siempre a mejorar las relaciones sociales. Todo el mundo quiere estar cerca de las personas divertidas, que sean capaces de hacerlos reír y alegrar la vida. ¿Por qué con las parejas funcionaría de manera diferente?

Así como nos sucede que cuando aprendemos a reírnos de nosotros mismos tenemos la diversión asegurada, si estamos con alguien que nos hace reír viviremos con más alegría. La belleza se pierde con el paso de los años, pero la inteligencia y sus subfunciones —el humor, por ejemplo— duran para siempre.

La risa es liberadora, produce siempre un desahogo. En definitiva, es absolutamente terapéutica. El buen humor ayuda a comprender y tolerar un mundo que está muy lejos de ser perfecto, a relajarnos respecto de las debilidades y los errores de los otros y de nosotros mismos.

La risa relaja y puede hacer de una tragedia un comedia, en la literatura y en la vida; y de una relación de pareja, un vínculo divertido y gratificante que traiga felicidad —como en la historia de Ana y Pepe— incluso en los tiempos difíciles. El humor puede ser como la flor de loto —la más bella del mundo—, que crece en el medio de los pantanos. Y definitivamente es una de las caras más vitales del buen amor.

3

La pasión

LA VIUDA DE ESPAÑA

Isabel Pantoja y Francisco «Paquirri» Rivera

«En el año 85, mi amigo José Luis Perales, que tiene un corazón de poeta, escribió para mí “Marinero de luces”, disco que respondía a mi estado emocional, a mi tristeza infinita», relataba Isabel Pantoja, explicando que, curiosamente, aquella canción que revelaba su dolor por el amor perdido del hombre que amó fue la que hizo de ella una cantante y estrella de fama mundial.

«Ese barco velero cargado de sueños cruzó la bahía / Me dejó aquella tarde agitando el pañuelo sentada en la orilla. // Marinero de luces, con alma de fuego y espalda morena / Se quedó tu velero perdido en los mares, varado en la arena. // Marinero de luces de sol y de sombra de mar y de olivo / Se quedó tu silencio de rojo y arena clavado en el mío.»

Para la cantante, fue el reencuentro con la música: su vuelta a los escenarios tras catorce meses de luto por la muerte del torero español Francisco «Paquirri» Rivera, su gran amor. Una relación corta pero real, un amor del bueno, una pasión que encendió al mundo entero y que lo conmovió de igual manera cuando la muerte acabó con ella, pero no con su recuerdo.

La popular cantante andaluza conocida hoy como «la Pantoja» había nacido en el barrio sevillano de Triana con el nombre de María Isabel Pantoja Martín el 2 de agosto de 1956. Abrazó la carrera musical desde sus 7 años, cuando debutó como bailarina junto su primo Chiquetete, y más tarde cantando coplas junto a El Cigala y Rafael de León. Y es que creció rodeada de música: su padre, Juan Pantoja, era autor de fandangos dentro del grupo Los Gaditanos, en el que el hermano de Isabel, también llamado Juan, actuaba como guitarrista.

Francisco Rivera Pérez había nacido en Barbate, Cádiz, el 5 de marzo de 1948, en el seno de una familia de toreros. En 1961, debutó en la arena de Cádiz. En pocos años, toreó en la Plaza Monumental de Barcelona, y de allí su crecimiento profesional lo llevó a ser una estrella, por su talento taurino y también por su atractivo físico.

En 1973 se había casado con Carmen Ordoñez —hija del torero Antonio Ordoñez—, con quien tuvo dos hijos, Francisco y Cayetano, a posteriori también toreros como él. Pero en 1979 se separaron, y Paquirri volvió a ser un codiciado soltero de la farándula española.

El 26 de mayo de 1980, la popular artista y el torero estrella del momento coincidieron en las celebraciones de la ciudad de Jerez de la Frontera. Allegados a ambos le propusieron a Isabel presentarle al guapo matador, y el flechazo fue instantáneo. Paquirri mantenía por aquellos días una relación sentimental con Lolita, la hija de Lola Flores, que interrumpió de inmediato

tras conocer a la Pantoja.

En una entrevista que ambos brindaron en 1982 al programa *Estudio Abierto*, por la Televisión Española, Isabel confesó que desde ese primer momento supo que Paquirri sería el amor de su vida. En esa entrevista, el torero confesaría también que sentía miedo habitualmente frente a las corridas de toros. Isabel nunca asistía a las corridas de su novio, porque le causaban temor, y prefería esperarlo en la habitación del hotel cuando él toreaba. En su fuero íntimo, deseaba que él dejara las corridas, pero decía que jamás se atrevería a pedírselo, porque sabía que el arte taurino era su vida. Poco después de esa entrevista, sellarían su amor a través del matrimonio.

Los novios de España

El 30 de abril de 1983, tuvo lugar en el templo de Nuestro Padre Jesús del gran Poder, en Sevilla, la que en toda España fue considerada «la boda del año». Eran, sin duda, la pareja más glamorosa del momento, los preferidos por la prensa rosa y las revistas del corazón.

Isabel se vistió en su casa; Francisco, en el hotel Alfonso XII, donde luego pasarían su noche de bodas. Ella lucía un vestido de novia de raso blanco, con escote bote, falda evasé y bordado en seda natural, perlas y cristales. La cola de doble tul medía más de siete metros, y la confección del vestido llevó más de doscientas horas de trabajo. El torero vistió un traje negro de alpaca con faja de seda natural estampada.

La novia junto a su futuro suegro (el padre de Paquirri) y los dos hijos del matrimonio anterior del novio abordaron una carroza tirada por caballos que los llevó hasta la iglesia entre una verdadera multitud que los acompañaba. Puro *glamour* para la que era, sin lugar a dudas, la pareja del momento.

La fiesta —celebrada en el monasterio de los Jerónimos— tuvo unos mil doscientos invitados, entre los que se hallaban la duquesa de Alba, Rocío Jurado y otras celebridades de la España del momento. Las invitaciones para la boda tenían la forma de un capote de torero que se desplegaba, y algunas de ellas aún son conservadas por ciertos coleccionistas que habrían pagado fortunas por el *souvenir*.

Fue una noche inolvidable no solo para los invitados: la Pantoja y Paquirri pasaron su noche de bodas con tal intensidad, que perdieron el avión que los llevaría de luna de miel, por lo que tuvieron que postergar el viaje de bodas a Italia hasta el día siguiente.

Ella había anunciado que dejaría su carrera como cantante para dedicarse a su esposo y a los hijos que Dios les enviara. Al año de su unión, el 9 de febrero de 1984, tuvieron a Francisco José. El bebé y la madre solo podrían disfrutar del amor del torero, que los adoraba, pocos meses más. Pronto, demasiado pronto, ese amor se vería segado por la muerte.

El 26 de septiembre de 1984, en la plaza de toros de Pozoblanco, a pocos kilómetros de la emblemática ciudad de Córdoba, un toro negro bautizado como «Avispado», con sus pesadísimos 435 kilos, se abalanzó encima de Paquirri, le asestó una brutal cornada en la ingle y lo levantó en vilo, hundiéndose en su pierna cada vez más y provocándole un sangrado letal.

Inmediatamente, Paquirri fue conducido a la enfermería de la plaza de toros. El mismo torero, herido de muerte pero con un aplomo y una entereza nunca vistos, le dijo al doctor Eliseo Morán, el médico que lo asistía: «Doctor, yo quiero hablar con usted. La cornada es fuerte. Tiene al menos dos trayectorias, una para acá y otra para allá. Abra usted todo lo que tenga que abrir, lo demás está en sus manos. Y tranquilo, doctor».

El dramático pedido del matador quedó registrado por la cámara del reportero Antonio Salmoral, y las imágenes recorrieron el mundo. Paquirri murió desangrado: el toro le rompió las venas safena e ilíaca y la arteria femoral. No fue bien atendido por la enfermería de la plaza de toros del pueblo cordobés por falta de recursos, y se hizo imposible detener la hemorragia.

El torero fue trasladado al hospital Reina Sofía de Córdoba, a 67 kilómetros de Pozoblanco, pero a mitad de camino los médicos que lo acompañaban decidieron cambiar el destino por el Hospital Militar de Córdoba, que estaba a la entrada de la ciudad, porque Paquirri ya estaba sufriendo un paro cardiorrespiratorio y sabían que no resistiría mucho más. Sin embargo, todos los esfuerzos por reanimarlo fueron insuficientes, y el torero murió en el quirófano, a las 21.40 de ese día.

«Y es que Paquirri ha muerto como si Rafael de León le hubiera preparado a la Pantojita, como él le decía, el libreto arromanzado del más trágico, doloroso, aplastante espectáculo de la canción andaluza. Hasta fue a morir a un pueblo cuyo nombre tendrá ya siempre en el recuerdo popular los crespones de la copla junto al blanco de la cal. Luto negro en Pozoblanco», escribió el periodista Antonio Burgos en su artículo «Una muerte de romance», en el diario *ABC* el 28 de septiembre de 1984.

Marinero de luces

«Yo te quiero, yo te quiero lleno de plenitud y de vida» gritaba la Pantoja arrodillada frente al cadáver del hombre al que amaba, en lo que ella definió como el peor momento de su vida. Y tras su pérdida, le cantó de mil maneras su dolor y su recuerdo. Como en la canción «Era mi vida él»:

Se me acabó la voz aquella tarde. / Ya no me queda nada que decir. / Tan solo recordar / que un día fui volcán entre sus brazos, / que me llenó de amor / y puso mil caricias en mis manos. / Pero todo acabó, ya todo terminó, / y quedan mil heridas en el alma...

El entierro de Paquirri fue verdaderamente multitudinario. Miles de admiradores del torero lo despedían, frente a una desconsolada viuda, que no podía aceptar la pérdida de aquel que había sido el hombre de su vida.

La revista española *PRONTO* mostró por aquellos días en su portada una impactante foto del cuerpo del torero, dormido para siempre, en su velatorio, con el título «Paquirri ha muerto», y anunciaba la última entrevista de su vida con una frase textual del matador: «Estoy loco por mi hijo y a Isabel la adoro». La Pantoja hizo de su luto casi una reclusión y hasta tuvo pensamientos suicidas. Seguramente su hijo Francisco José habrá sido el único motor que la empujó a vivir otra vez.

Isabel se había enamorado de Paquirri desde antes de conocerlo y siguió amando su recuerdo a través de la música. «La viuda de España», fue bautizada por el imaginario popular, en contra de su voluntad: hubiese querido ser llamada, simplemente, la viuda de Francisco Rivera.

Pasó el tiempo, otros hombres llegaron y se fueron de su vida, pero Isabel jamás olvidó a Paquirri. El 15 de septiembre de 2007, mientras brindaba un recital de casi tres horas en Miami, la viuda de España se quebró tras interpretar su célebre «Marinero de Luces», la canción que José Luis Perales había escrito para ella evocando la figura del torero a quien amó. Alguien del público le gritó: «Viva Paquirri», y desató aquellas emociones contenidas desde hacía tantos años. En medio de la canción «Pensando en ti», la Pantoja no pudo seguir:

«Pensando en ti / y en este amor que parte mi universo en dos / que llega del olvido hasta mi propia voz / y araña mi pasado sin pedir perdón. // Estás aquí, / te siento en cada espacio de mi soledad. / Te miro y te sonrío y después te vas. / Y cruzas la distancia, y yo me quedo aquí, / pensando en ti...»

«I'm sorry. Lo siento», dijo Isabel, entre los gritos y los aplausos que la ovacionaron por su emoción al recordar ese amor perdido. «Hace 22 años les traje estas canciones —le dijo al público—. En España ya no las canto, porque lo paso mal. Pero tenía que hacerlo aquí. Y es imposible que Isabel Pantoja cante estos temas sin que le pase algo por dentro. Porque lo tengo aquí —se tocaba el pecho— hasta que me muera.»

Paquirri y «la tonadillera» —como la llamaban sus compatriotas— eran jóvenes, atractivos, exitosos y apasionados. El día que se conocieron chocaron los planetas y ambos supieron que allí se quedarían, uno al lado del otro. Se los veía siempre sonreírse mutuamente con una enorme complicidad, esa de los amores buenos, que dejaba entrever el fuego de una pasión, corta pero devoradora, a la que no pudo apagar ni la muerte.

«Él está vivo en mí», repetiría la Pantoja una y otra vez a lo largo de los años cada vez que se le preguntaba por Paquirri, aquel «marinero de luces con alma de fuego y espalda morena» que cruzó la bahía, el que se llevó con él, si no los últimos, al menos los besos más ardientes de su amada Isabel.

La pasión: cuestión de hormonas

¿Quién puede asegurar que el «amor a primera vista» no existe, que es solo una ilusión que se vive en las novelas rosas o en los cuentos que nos contaron? Hasta la neurología ha probado sobradamente que el flechazo tiene de manera clara un correlato químico en nuestro cerebro. Científicos irlandeses del Trinity College demostraron cuán real es esa primera emoción que nos provoca un otro que recién conocemos, pero que en menos de un minuto parece convencernos de que es la persona indicada para enamorarnos.

El amor-pasión, ese que se revela de inmediato en la primera cita, es comparable, según la ciencia, con una droga altamente estimulante, que nubla la razón y trastorna la mente, modificando nuestra percepción de la realidad y provocando una verdadera adicción a la persona deseada. Allí juegan las ya famosas hormonas del placer: la serotonina y la dopamina, responsables de que «bajemos las defensas» que nos distancian del otro y lo dejemos entrar en nuestras almas (¡y hasta le entreguemos las llaves!).

Los científicos irlandeses afirmaron que solo una mirada basta para que una parte de la corteza prefrontal del cerebro se active y produzca en el acto el enamoramiento. Claro que tienen que coincidir, en esos casos, la atracción física —que no siempre es compatible con el concepto convencional de

belleza— y una cierta compatibilidad psicológica.

La antropóloga Helen Fischer estudió el comportamiento del cerebro durante el enamoramiento y pudo observar cómo se activan regiones primitivas cerebrales vinculadas con el mecanismo de recompensa, de excitación sexual y de placer y la zona productora de dopamina, la hormona responsable de la euforia y la motivación.

De manera que el enamoramiento parece tener en nuestro cerebro el efecto de una verdadera droga, pero sin las nefastas consecuencias de los narcóticos, a menos que ese amor no sea correspondido. Según los expertos, además, en las parejas que manifiestan seguir enamoradas después de muchos años de relación se ha podido comprobar (al estudiarlas con escáneres cerebrales) que se activan los mismos centros de placer que cuando estaban recientemente enamoradas, pero que con el tiempo bajan sus niveles de ansiedad.

Los psicólogos freudianos explican que si bien el amor y el deseo no son exactamente lo mismo (el amor es un sentimiento y el deseo es una pulsión), bien pueden coexistir, y es deseable que así suceda. Por eso explican que cuando deseo y amor coinciden, la persona amada es también el objeto de nuestro deseo, mientras que, cuando amor y deseo son antagónicos, pueden crear malestares y serios problemas en la pareja y en el individuo inmerso en esa neurosis.

Como ya he contado en la introducción de este libro, fue el psicólogo estadounidense Robert Sternberg quien hizo hincapié en este pilar de una pareja en su «Teoría triangular del amor», que explica la relación amorosa de una pareja con los tres componentes que él creía esenciales: la *intimidad*, el *compromiso* y la *pasión*. Según el experto, la *pasión* es el estado de profundo anhelo de estar unido al otro, al deseo sexual y a la excitación psicológica y romántica.

De manera que la pasión (o la atracción sexual) no solo sería un elemento clave del buen amor, sino, más aún, un componente esencial del amor de pareja en sí. Puede haber relación con compromiso e intimidad, pero sin el factor pasión ese vínculo sería más de amistad que de amor.

Sternberg va más allá en este tipo de clasificación y señala que cuando solo hay compromiso estamos en presencia de un amor vacío, mientras que cuando solo hay intimidad se trataría de una relación de cariño exclusivamente. El «amor consumado», según el científico, solo se da cuando los tres factores están presentes.

Claro que si ese primer flechazo, esa pasión inicial, nunca encuentra en su

camino la intimidad ni el compromiso, solo quedará allí como un entusiasmo pasajero, sin un correlato amoroso que lo transforme, con el tiempo, en amor del bueno.

La pasión es indiscutiblemente el motor del amor. Es la llama viva que mantiene el calor de una relación y «quem» la rutina. Es una suerte de combustible que alimenta a la pareja y la ayuda a perdurar a lo largo del tiempo, alimentada también, claro, por otras actitudes menos emocionales o, si se prefiere, más racionales.

«Ojalá te enamores»: la frase es una antigua maldición gitana que parece desearle el peor sufrimiento al otro, le desea que se enamore, como decretando un hechizo que le garantice nunca más vivir en paz. Y es que enamorarse y vivir ese amor con pasión y sin red, aun sabiendo que podemos sufrir, es una empresa que no todos se animan a encarar.

Porque aunque la pasión nos sorprenda sin que la esperemos, aunque el amor nos lleve por delante sin darnos demasiado tiempo para pensar, a veces el miedo, la inseguridad o la indecisión pueden impedir correr el riesgo de vivir un gran amor.

Enamorarse y vivir con pasión es lanzarse sin red al vacío. El amor puede no ser correspondido de la manera que esperamos, la relación puede no funcionar, y hasta podrían engañarnos o dejar de amarnos y romper nuestro corazón. Siempre existirá, en temas amorosos, la posibilidad de sufrir, de perder, de salir lastimados, como les ocurrió a la Pantoja y a Paquirri. Sin embargo, seguramente ninguno de los dos hubiera preferido, pese a su desenlace trágico, no conocer el amor pasional que vivieron.

«Ojalá te enamores»... Esa suerte de sentencia mortal debería ser el mejor de los deseos de quien nos quiere bien. El enamoramiento y la pasión que ese estado conlleva no son moneda corriente. No sucede muchas veces en la vida, a veces simplemente no pasa.

Como un huracán, como un tren que aparece de manera inesperada, sorpresiva y nos arrolla, el enamoramiento es lo que nos puede hacer vivir con plenitud un gran amor, el factor capaz de establecer la diferencia en una relación. No hay garantías, no hay seguridad, no hay evidencias de que la pasión sea eterna. Pero aun así merece ser vivida. Ojalá te enamores...

4

La fidelidad

CINCUENTA AÑOS DE AMOR

Paul Newman y Joanne Woodward

El famosísimo actor Paul Newman y Joanne Woodward, también actriz, estuvieron casados cincuenta años y fueron felices: no por haber formado el matrimonio perfecto, sino más bien por haber sabido manejar con inteligencia —y amor del bueno— sus debilidades y sus imperfecciones. Y aunque Paul y Joanne vivieron siempre enamorados, sin embargo la pareja no se formó a partir de un flechazo. No fue exactamente un amor a primera vista.

Paul Leonard Newman —cuyos padres eran inmigrantes húngaros y polacos— había nacido el 25 de enero de 1925 en Ohio, Estados Unidos; luego de sus estudios secundarios, debió cumplir entre 1943 y 1945 —en plena Segunda Guerra Mundial— el servicio militar a su país en las bases de la Armada en Okinawa y Guam. Una vez que acabó la guerra, estudió Ciencias Económicas al mismo tiempo que se despertaba en él la pasión por la actuación.

Joanne Woodward nació el 27 de febrero de 1930 en el estado de Georgia, Estados Unidos. Desde pequeña aprendió a amar el cine, a través de la devoción que su madre profesaba por las películas. Y desde que era una adolescente, Joanne se destacó por su belleza. Esbelta, rubia y dueña de unos hipnóticos ojos verdes, a los 17 años ya había ganado varios concursos.

Estudió en la Universidad de Louisiana y al mismo tiempo participó de varias producciones teatrales, hasta que se radicó en Nueva York, donde ingresó al mítico Actor's Studio para continuar su formación, que resultó en una ascendente carrera actoral que la llevó a obtener un Oscar como Mejor Actriz en 1958 por su actuación en la película *Las tres caras de Eva*, apenas dos meses después de su boda con Paul. Algo que no hubiera imaginado unos años atrás, cuando se conocieron.

Fue en 1953, cuando ambos eran estudiantes del Actor's Studio. Mientras Newman recordaba siempre el momento en que descubrió a Joanne, y el pensamiento que esta le provocó —«caramba, qué chica tan guapa»—, Woodward declaraba que su primera impresión, por el contrario, fue bastante negativa. Si bien reconocía que Paul era un hombre extremadamente bello, su sensación fue que la suya era una belleza carente de contenido, lo que hoy llamaríamos «solo una cara bonita», una suerte de «cuerpo sin alma» que sin embargo con el tiempo le demostraría que esa idea solo había sido un prejuicio.

El tiempo —y el amor por la actuación— hizo lo suyo: no fue hasta el rodaje cinematográfico de *El largo y cálido verano* (1958), de Martin Ritt, donde ambos componían a la pareja principal, que la atracción pudo más que

los reparos.

Según cuenta la revista *Vogue* en un artículo de 2013: «Lo tuvieron todo en contra al principio. Él estaba casado y era fiel por naturaleza —sí, además de ser dolorosamente guapo, Newman era de esos— y las diferencias entre ambos eran tan notorias como incompatibles: Joanne era una actriz de método, amante de la literatura europea y de la buena mesa; Paul era un diamante en bruto al que le gustaba la velocidad y beber cerveza de la botella; muchos opinaban que ella era una actriz dotada de un talento fuera de lo común, pero también decían que él era solo una cara bonita con dudosas dotes interpretativas. Pero entonces rodaron *El largo y cálido verano* y la atracción desatada entre ellos flotaba en cada toma que compartían. Newman finalmente abandonó a su mujer y a sus tres hijos —no sin pasar antes por unas cuantas sesiones de psicólogo y varias borracheras— y se casó en Las Vegas con Woodward. Ya no se separarían nunca. Juntos emprendieron una vida tan normal que rayaba la extravagancia tratándose de dos estrellas de Hollywood. Pasaban las noches viendo películas en casa sin parar comiendo palomitas de maíz y viajaban siempre juntos, dedicándose miradas que solo las parejas con una complicidad extraordinaria pueden dedicarse».

Todo por ti, todo contigo

Paul y Joanne se casaron en Las Vegas el 29 de enero de 1958, cuando solo había pasado una semana desde que el actor obtuviera el divorcio de su primera esposa, Jackie Witte, con quien llevaba nueve años de matrimonio y con quien tenía tres hijos. Junto a Joanne tendría otros tres hijos, Elinor Teresa, Melissa Stewart y Claire Olivia. La tragedia lo marcaría años después, en 1978, con la pérdida de Scott, uno de sus hijos mayores, a causa una sobredosis de drogas y alcohol.

Desde su casamiento con Paul, Woodward bajó notoriamente su perfil en Hollywood y se dedicó ante todo a su familia y a acompañar a su esposo en su carrera, aunque protagonizó algunas series en TV que también le valieron un gran reconocimiento profesional y varios premios Emmy.

Fueron fundamentalmente una pareja que supo manejar la competencia profesional y las odiosas comparaciones sobre el talento y el éxito de ambos. Cada uno supo sostener y apoyar la carrera de otro, formando un verdadero equipo, todas características indiscutibles de los buenos amores.

Una bellísima carta que Paul le envió a Joanne poco tiempo antes de

casarse con ella se popularizó en el mundo entero y se convirtió en un emblema poético del amor. Se trata de un verdadero decálogo del «arte del matrimonio», que suscriben en la actualidad muchos psicólogos de pareja para construir una relación sana y duradera.

En realidad, el actor tomó prestado un poema del autor americano Wilferd Arlan Peterson (1900-1995) que muchos novios se han dedicado en sus propias ceremonias de unión durante el último medio siglo. Toda una declaración de sentimientos, intenciones y compromisos para cuidar y hacer durar un buen amor. La carta decía:

La felicidad en el matrimonio no es algo que simplemente suceda, un buen matrimonio debe crearse.

En el Arte del Matrimonio las pequeñas cosas son las grandes cosas; nunca se es tan viejo como para no sostenerse las manos.

Hay que recordar decir “te amo” al menos una vez al día, y nunca irse a dormir enojados.

Nunca hay que hablar al otro solo por ser condescendiente; el cortejo no debe terminar con la luna de miel, debe continuar a través de los años.

El Arte del Matrimonio es tener un sentido mutuo de valores y objetivos comunes, es pararse juntos enfrentándose al mundo.

Es formar un círculo de amor que se alimenta en toda la familia.

Es hacer cosas para el otro, no en la actitud de servicio o sacrificio, sino en el espíritu de gozo.

Es hablar con palabras de apreciación y demostrar gratitud de manera considerada.

No se busca la perfección en sí, el Arte del Matrimonio es cultivar la flexibilidad, la paciencia, la comprensión y el sentido del humor.

Es tener la capacidad de perdonar y de olvidar.

Es dar al otro una atmósfera en la que cada uno pueda crecer.

Es encontrar espacio para las cosas del espíritu, en una búsqueda común del bien y la belleza.

Es establecer una relación en la cual la independencia sea por igual, la dependencia mutua y las obligaciones recíprocas.

No es solo casarse con la pareja perfecta, es ser la pareja perfecta.

Es descubrir lo que el matrimonio puede ser, en su mejor momento.

Será por este y otros muchos gestos que Joanne decía que «estar casada con Paul es estar casada con el hombre más considerado y romántico». En una oportunidad, le preguntaron a Newman cómo podía explicar su largo y exitoso matrimonio, que hasta ese momento llevaba ya cuarenta años. Paul dijo: «Al principio nos mantuvo juntos la atracción de los sentidos. Después, el respeto mutuo. Luego, la perseverancia. Muchas veces fue el perdón lo que salvó nuestro matrimonio. Pero por encima de todo, se lo debemos al amor, un amor que es más grande hoy que al principio».

También Newman acuñó una frase que se hizo popular y que tenía que ver con la fidelidad —y que más tarde recrearon algunas figuras vernáculas con leves modificaciones de criterio—: «¿Para qué buscar una hamburguesa si tengo en casa un entrecot?».

A su vez, entendía la importancia crucial del sostén que una verdadera y saludable relación amorosa debía proporcionar a sus componentes, y reconocía el mérito de su esposa en ese punto: «Joanne siempre me ha dado apoyo incondicional en todas mis decisiones y esfuerzos, eso incluye mis carreras de coches, que ella deplora. Para mí eso es amor».

La excepción a la regla

Claro que como toda regla, tuvo su excepción: también hubo fuertes sospechas de que Paul había engañado una vez a su esposa. Fue cuando corrió el rumor de su aventura con la periodista Nancy Bacon: «Puede que no salga para buscar hamburguesas, pero sí que lo hace para ir a por Bacon», había deslizado la mismísima Nancy de manera altamente irónica (haciendo un juego con su apellido y la palabra *bacon*, que significa «panceta» en inglés).

La versión daba cuenta de que el *affaire* se habría producido durante el rodaje de la película *Dos hombres y un destino*, en la que Paul actuaba junto a Robert Redford, bajo la dirección de George Roy Hill. Nancy Bacon, que trabajaba como periodista de chimentos en cine, lo denunció públicamente en varias entrevistas reveladoras, en las que contó todo tipo de intimidades del actor. Por ejemplo, que la relación entre ambos había finalizado a causa de la adicción al alcohol que padecía Newman y que le habría traído trastornos hasta en su vida sexual.

«Llegó un momento en que me dije que tenía otras opciones, y le dije: “Estás siempre borracho y ni siquiera puedes hacer el amor”. Y puse punto final», aseguró Bacon. Naturalmente, semejante escándalo estuvo a punto de

hacer naufragar el matrimonio del actor con Joanne.

Tal vez ese «perdón» al que había hecho referencia el mismo Paul una vez se refería al que posibilitó salvar a la pareja tras esa crisis. En su carrera de actor, había besado a las mujeres más bellas y sensuales del mundo, sin embargo cada día de su vida siguió eligiendo a la mujer que lo enamoró y con quien vivió un verdadero amor del bueno.

Ya para sus bodas de oro, se habían refugiado en una casa de campo en Connecticut, lejos del bullicio de Hollywood. «Mi mujer y yo hemos encontrado allí un bonito cementerio», explicó Paul. Y así fue que partió, en su casa, rodeado por sus seres queridos: sus hijos y el gran amor de su vida, el 26 de septiembre de 2008.

Víctima de un cáncer de pulmón, había recibido un tratamiento de quimioterapia en el hospital de Nueva York, pero pidió pasar los últimos días de su vida junto a su mujer y ordenando su despedida. Tras medio siglo de amor, sus profundos e inolvidable ojos azules se llevaron la imagen amada para siempre.

Ser fiel es mucho más que amar

La fidelidad es indudablemente —salvo escasas excepciones— uno de los valores fundamentales del amor. Es tan apreciada que todo enamorado pretende exclusividad en la relación, y tan esquiva que muy pocos son capaces de brindarla. ¿Por qué es tan difícil ser fiel si es algo que todos valoramos y exigimos? Simplemente porque no es algo que se dé con tanta facilidad, ni es un subproducto del amor.

Y porque además las tentaciones acechan a cada instante al ser humano, y los amores clandestinos son altamente excitantes. Según explica en su libro *La fidelidad es mucho más que amor* el psicólogo Walter Riso, «nunca se tiene por completo el control afectivo y nadie está exento de experimentar una atracción inesperada, que ponga a tambalear su relación de pareja».

La infidelidad no es un fenómeno nuevo, aunque en la actualidad esté más expuesta y hasta —en algunas situaciones— se haga apología de ella. Siempre existió, y siempre causó dolor. «En todas las culturas, desde la lejana Polinesia hasta la más atiborrada ciudad industrial, la infidelidad está presente de alguna manera», explica Riso. «El engaño se cuele, muerde y lastima. No existe sociedad alguna donde el adulterio sea desconocido, ni método que lo haya extirpado de raíz. Muerte vil, torturas, decapitación, castración, rechazo

social, sanción moral, excomunión, hoguera y amputaciones, no han podido frenar a los aventureros y aventureras del amor oculto.»

Claramente, la hipocresía social exalta una conducta que, no sin dificultad, solo unos pocos pueden sostener. Y dando por tierra el romántico postulado que dice que «el amor lo puede todo» y que «si hay verdadero amor no hay riesgo de engaño», la realidad nos muestra que no siempre el infiel es alguien que no ama a su pareja, sino más bien que, arrastrado por la tentación del placer efímero, esa persona no repara en el riesgo de perder a aquel que ha elegido, o cuanto menos, de abrir una herida profunda y dolorosa que formará parte para siempre de la historia de la pareja.

«La fidelidad es autocontrol y evitación a tiempo», sostiene Riso en su libro. «Cuando sospechamos que alguien puede llegar a gustarnos de verdad (en el sentido de movernos el piso), o cuando sentimos el primer pinchazo de la atracción y no queremos ser infieles, la mejor opción es alejarnos de la tentación y no jugar con fuego. Resulta paradójico que sean precisamente las personas que se perciben a sí mismas como radicalmente “incorruptibles” las que más posibilidades tienen de enredarse en amores clandestinos. ¿La razón? La mayoría está convencida de que el amor les provee de una armadura a prueba de encantos y los hace inmunes a la infidelidad. Insisto: la fidelidad es un acto de la voluntad, no del corazón.» Y sentencia: «Las parejas fieles mezclan amor, convicción y compromiso en cantidades adecuadas, sin alimentar quimeras y con los pies en la tierra».

Hoy la infidelidad ni siquiera es legalmente causa de divorcio en la Argentina. Es, por lo tanto, solo una opción. Pero como casi nadie desea compartir sexual y afectivamente a su pareja, el deseo de exclusividad sigue casi tan vigente como siempre. La sensación mutua de pertenencia aún es uno de los signos más fuertes de las relaciones de pareja, desde aquel «prometo serte fiel en la salud y en la enfermedad, en la pobreza y en la riqueza», que se expresa en toda unión civil y/o religiosa, en casi todos los credos.

La fidelidad es importante en las relaciones (y de allí que siga siendo deseable), porque brinda estabilidad a la pareja y porque, cuanto menos, aporta una noción de la escala de valores de los individuos que integran ese vínculo: es una clara señal del sentido de responsabilidad y de los ideales de lealtad de cada uno de ellos, una señal que los hace confiables.

En los tiempos iniciales de una relación, cuando se está atravesando el período de enamoramiento, cuando el objeto del deseo y del amor coinciden en la misma persona, la fidelidad puede darse de manera natural: no hay lugar

ni tiempo para otro, y el peligro de las tentaciones es casi ínfimo. Pero cuando las hormonas comienzan a calmarse y el enamoramiento da lugar al amor maduro y estable, los riesgos se acrecientan. La rutina sexual, los conflictos de la vida cotidiana y el desgaste que produce la convivencia atentan fuertemente contra el mantenimiento de la exclusividad sexual.

Y ahí es donde juegan un papel crucial la responsabilidad y la voluntad. Parafraseando una vez más al licenciado Walter Riso: «La fidelidad es una decisión. El amor es condición necesaria pero no suficiente para ser fiel. Es un acto de la voluntad que exige atención despierta y capacidad de discriminación para mantenerse alejado de lo que, teóricamente, no queremos».

En la vereda de enfrente encontramos los nuevos «valores» del mercado: fobia a la rutina y exaltación del deseo y de lo nuevo, necesidad de vivir el presente y de «pasarla bien», avidez por el consumo y por el placer instantáneo, cosificación del otro y escape del aburrimiento.

Quienes han sucumbido a la tentación de ser infieles, aun amando a su pareja, saben a ciencia cierta —si es que la relación sobrevivió al engaño— que la aventura sexual tiene consecuencias devastadoras en el vínculo. A priori, hay un quiebre de la confianza que genera habitualmente que el engañado viva perseguido por el fantasma de una nueva infidelidad y se vuelva así obsesivo y controlador del que ha sido infiel.

Y el trabajo de reconstrucción de una relación que ha sido atravesada por la infidelidad es arduo y extenso, e implica el arrepentimiento sincero y el perdón. Claro que hay quienes lo han logrado, y han podido reconstruirse y reinventar un vínculo sano y gratificante. Tal vez el caso de Paul Newman y Joanne Woodward, su amor longevo y sano, sea un ejemplo de esta capacidad de reinención del amor del bueno, más allá de un paso mal dado.

Consultado sobre si la fidelidad es hoy un valor en crisis, el Dr. Alfonso López Quintas, catedrático emérito de filosofía de la Universidad Complutense de Madrid y miembro de la Real Academia Española de Ciencias Morales y Políticas, dijo: «Se confunde a menudo la fidelidad y el “aguante”. Aguantar significa resistir el peso de una carga, y es condición propia de muros y columnas. La fidelidad supone algo mucho más elevado: crear en cada momento de la vida lo que uno se comprometió a crear. Para cumplir la promesa de crear un hogar con una persona, se requiere soberanía de espíritu, capacidad de ser fiel a lo prometido aunque cambien las circunstancias y los sentimientos que uno pueda tener en una situación

determinada... Pero hoy se glorifica el cambio, término que adquirió últimamente condición de “talismán”: parece albergar tal riqueza que nadie osa ponerlo en tela de juicio. Frente a esa glorificación del cambio, debemos grabar a fuego en la mente que la fidelidad es una actitud creativa, y presenta, por ello, una alta excelencia. Si uno adopta una actitud hedonista y vive para acumular sensaciones placenteras, debe cambiar incesantemente para mantener cierto nivel de excitación, ya que la sensibilidad se embota gradualmente. Esta actitud lleva a confundir el amor —que pide de por sí estabilidad y firmeza— con la mera pasión, que presenta una condición efímera».

El especialista considera que esforzarse por ser fiel implica renunciar a una parte de nuestra libertad de acción en virtud del amor y del cuidado del otro. La fidelidad mutua es una decisión que subordina el interés individual de satisfacción efímera a un interés común, inclusivo y superador de ambos miembros de la pareja.

Por eso, como la inspiradora historia de amor de Paul Newman y Joanne Woodward, apostar fuerte por un buen amor es una inversión riesgosa, que conlleva pérdidas y renunciamentos, pero que rescata lo valioso y lo exalta, lo honra, alimentando la dignidad y enriqueciendo la vida en común.

5

La admiración

EL HAMBRE DEL CORAZÓN

Jorge Luis Borges y María Kodama

Jorge Luis Borges, el más célebre de los escritores argentinos, nació en el centro de la ciudad de Buenos Aires el 24 de agosto de 1899 y supo desde muy pequeño que iba a ser escritor. A los 7 años escribió en inglés un resumen de la mitología griega y a los 9 tradujo de ese mismo idioma el cuento «El príncipe feliz» de Oscar Wilde.

Era hijo de Jorge Guillermo Borges, un profesor de psicología e inglés, y de Leonor Acevedo Suárez. Su juventud lo llevó junto a sus padres en viaje por Europa y a los 18 años ya hablaba inglés, francés y alemán. Seis años después, ya de regreso en la Argentina, publicó su libro *Fervor de Buenos Aires*.

Borges tuvo muchos amores a lo largo de su vida. Estuvo enamorado profundamente de Estela Canto, quien le inspiró su cuento «El Aleph». Se habían conocido en 1944, cuando él tenía ya 44 años y ella, 28. Él le propuso matrimonio y ella no aceptó. Dos años después, lo dejó por otro hombre con el que tuvo una relación tormentosa. Más tarde, Borges se casó con Elsa Helena Astete Millán, una antigua novia suya que había enviudado y tenía un hijo, pero solo duraron juntos cuatro años. El escritor volvió así a vivir con su madre. A su edad, parecía que ya había clausurado las puertas para encontrar un amor del bueno.

María Kodama nació en Buenos Aires en 1937, de un matrimonio formado por un japonés, Yosaburo Kodama, y una argentina, María Antonia Schweitzer, pareja que se divorció cuando su pequeña hija tenía solo 3 años.

María asegura que se enamoró del escritor apenas un poco después, cuando tenía cinco años. Fue cuando una profesora le leyó «Dos poemas ingleses». En esa obra, que hablaba de la «amargura de un hombre», le fascinó la frase «el hambre del corazón» («The things my hungry heart has no use for»).

Tiempo después, María descubrió otro de los cuentos de Borges, y su deslumbramiento fue inevitable: «Cuando tenía 10 años leí “Nadie lo vio desembarcar en la unánime noche”. La primera oración de “Las ruinas circulares”. Sentí algo muy fuerte y me dije: “¿Qué es esto?”. Leí el cuento hasta el final, por supuesto, pero no entendí nada. De todos modos quedé presa de tal forma de ese cuento, que si al día de hoy dijera que tengo que quemar toda la obra de Borges para salvar solo una pieza, salvo esa».

Cuando María tenía 12 años, su padre la llevó a escuchar una conferencia de Borges. Ese fue su primer encuentro con quien sería el único hombre de su vida. A sus 16, lo encontró en una librería de la calle Florida, donde se acercó para saludarlo. Él ya había perdido gran parte de su visión, pero igual pudo

vislumbrar la juventud de María. Borges le propuso estudiar el idioma anglosajón con él, y si bien María no sabía bien de qué se trataba, aceptó la oferta. Ahí empezó lo que Kodama describiría más tarde como «una historia maravillosa».

Sensatez y sentimientos

En 1970, Jorge Luis acepta una invitación de una universidad de los Estados Unidos y decide viajar junto a María, que se convierte en su secretaria. Ella era tan joven cuando se convirtió en su discípula, que —según ha dicho públicamente— por su corta edad se comportaba de una manera casi desenfadada frente a él, le hablaba de manera espontánea y hasta atrevida, llegando incluso a discutir sobre literatura. Esa actitud le divertía al celeberrimo escritor y hasta seguramente le resultaría loable semejante rebeldía, que la distinguía de los aduladores que de manera habitual lo frecuentaban.

Kodama siempre mantuvo cierto hermetismo sobre su vida amorosa con Borges. En varias entrevistas, contó que ella sintió que lo amaba a partir de algo que sucedió a bordo de un avión y que comparó con una escena de la película *Sensatez y sentimientos*. Kodama nunca quiso explicar exactamente a qué escena se refería —siempre fue muy reacia a hablar sobre su intimidad—, solo dijo que se trataba de algo que sucedió entre Elinor (la mayor de las hermanas que protagonizaban el filme, personaje interpretado por Emma Thompson, quien encarnaba la razón y el sentido común) y su enamorado Edward (Hugh Grant). Borges, en tanto, le había contado a su amigo Bioy Casares —según este último reveló a fines de 1979— que estaba enamorado de ella.

María no quería casarse con Borges. Ella misma confesó que no creía en el matrimonio. Tal vez porque sus padres y los padres de muchos de sus amigos eran separados, y pudo ver cómo muchos de sus amigos se convertían en una suerte de «botín de guerra» de sus progenitores, María rechazaba la legalidad del matrimonio, pero permanecería toda su vida junto al hombre que amaba, que le decía que ella era una auténtica prisionera de su propia libertad, y que para seguir sus ideales, hubiera sido capaz hasta de expulsarlo a él de su vida. Afortunadamente eso no sucedió.

Borges le propuso casamiento y ella se negó, pero el escritor insistía, pidiéndole que se casaran, si sabían que él iba a morir antes que ella. Fue un

amigo de la pareja quien le pidió finalmente, y ante la evidencia de que él moriría, que cumpliera con el deseo de Borges. Y la convenció. Se casaron el 26 de abril de 1986, dos meses antes de la muerte del escritor.

La ceremonia fue por poder, en la localidad de Rojas Silva, en Paraguay, cerca de la frontera con la Argentina. Tuvo que ser así porque en la Argentina aún no existía el divorcio y Borges, aunque separado de su primera mujer, legalmente no estaba divorciado. Por entonces era una práctica habitual el casamiento vía Paraguay, y si bien era algo aceptado socialmente, en realidad no tenía validez legal.

Sin embargo, Borges le había dicho a su amigo italiano Franco Maria Ricci —que había creado junto al escritor la colección de literatura fantástica La Biblioteca de Babel—: «Franco, convencela a María de que se case conmigo. Quiero morir sabiendo que María es mi mujer».

Ella y él

María Kodama era una mujer alegre. Amante de la música y la danza, le gustaba el rock, la salsa y el baile griego, y el mismísimo Borges la habría de acompañar en alguna oportunidad en la que ella tomaba clases. Así, ella se enriqueció con su mundo y él, con el de ella.

En noviembre de 2016, a treinta años de la muerte de Borges, el sitio Infobae.com publicó una entrevista a Kodama en la que la viuda del escritor reveló anécdotas curiosas del hombre al que amó y admiró. «Borges sigue siendo hoy en día el centro de su vida. Lo fue durante sus años de idilio y su tiempo de mujer casada, y lo fue luego de que el gran hombre dejara su presencia física atrás y se convirtiera en leyenda», decía la nota. «Soy miope y no veo nada de lejos —cuenta María—, y entonces de pronto lo veo a Jagger arrodillado agarrándole las manos a Borges. Le dice: “Maestro, yo lo admiro”, y Borges le pregunta: “¿Y usted quién es, señor”. “Mick Jagger”, le contesta. “Ah! Uno de los Rolling Stones”. Mick Jagger no lo podía creer, y le pregunta cómo conocía su obra. “Todo gracias a María”. Esa imagen de Mick Jagger agarrándole la mano a Borges me quedó para siempre».

Borges solía llamar a María con el nombre nórdico «Ulrica», que significa «osita». Ambos se trataron siempre de «usted». Pero según Kodama, esa forma era para ellos un signo de verdadera intimidad. Jorge era, puertas adentro, un hombre dulce y divertido.

El escritor, con un cáncer de hígado inexorable, decidió morir en Ginebra,

una ciudad que amaba, por donde habían pasado grandes nombres del pensamiento universal, y allí se trasladó el matrimonio en 1986. Su lápida en el cementerio dice en anglosajón: «And Ne Forhedan Na» («Y que nada temieran»). Esa frase es el comienzo de un poema medieval, *La batalla de Moldon*. El primer libro que Borges le regaló a María, sobre literatura anglosajona, tenía ese escrito en su portada.

Según su esposa, el escritor no le temía a la muerte y vivió su propio final de manera natural, como toda su vida. Era un hombre estoico. Además — siempre según María— tomaba la posibilidad de morir como una verdadera aventura, que lo conduciría a satisfacer su enorme curiosidad sobre los misterios de la vida y saber si había algo tras la muerte.

Borges falleció el 14 de junio de 1986. Quería morir junto a María, la persona que amaba, a su lado y en su casa, como sus antepasados. La última frase de su lapida dice: «De Ulrica a Javier Otarola», mencionando a los protagonistas del cuento de Borges llamado «Ulrica», que integra *El libro de arena*, colección de relatos publicado en 1975.

Tras su muerte, siguió estando en esta tierra el amor de su esposa, que cada vez que puede confiesa que lo sigue amando. «Cuando uno encuentra la mitad del alma, es para siempre», dijo María. La gente por la calle la sigue reconociendo como «la mujer de Borges», aunque ella prefiere definirse a sí misma como «el amor de Borges».

En 2016, a treinta años de la muerte del gran escritor, María publicó su primer libro, *Homenaje a Borges*, una compilación de las conferencias que ella ha dado sobre Borges y en las que describe al hombre que amó, fundamentalmente en cada una de sus facetas como escritor y como hombre, revelando sus sueños, su relación con lo fantástico, con el periodismo. Su dedicatoria es al propio Borges: según María, fue quien más alentó a su mujer a escribir. Dice así: «Para usted, Borges, mi amor».

En el epílogo del libro, Kodama describe lo que para ellos era el arte: «Era la emoción compartida, porque usted supo, cuando al pie de la escalinata del Louvre alcé los ojos y descubrí la Victoria de Samotracia, que en ese instante, anulado el tiempo, se superponía a esa escultura la imagen de una lámina en un libro de arte que mi padre me regaló. Con ese libro me dio, a los 4 años, sin que yo lo supiera, la primera lección de estética de mi vida. Me enseñó qué era la belleza...».

Más adelante relaciona ese aprendizaje con su historia de amor: «No lo olvidaré nunca, esto signó de algún modo mi vida y se proyectó en lo que sería

mi relación con Borges. Nuestra decantada relación que fue pasando a través del tiempo por distintas facetas hasta culminar en el amor que nos habitaba, mucho antes de que usted me lo dijera, mucho antes de que yo tuviera conciencia de mis sentimientos. Ese amor revelado fue pasión insaciable para colmar el sentimiento vago, indescifrable, que experimenté por usted siendo niña, cuando alguien me tradujo un poema dedicado a una mujer a la que amó años antes que yo naciera [...] Ese amor del que fue dejando trazas a lo largo de sus libros sin decírmelo, hasta que me lo reveló en Islandia. Ese amor protegido, como en la *Volsunga Saga*, por un mágico círculo de fuego, cuyo resplandor nos ocultaba de las miradas indiscretas, para poder ser Ulrica y Javier Otarola, nombres que elegí, de todos los que nos dabamos, para grabarlos en la estela de piedra que señala el punto desde el que su alma entró en el Gran Mar, como llamaban a la muerte los florentinos, pero que a la vez relata nuestro encuentro. Aunque parezca una paradoja, la muerte y la vida no son signos opuestos, sino que son un solo fluir cuando el vínculo entre el ser que parte y el que queda es el amor». El último párrafo del libro es una verdadera y exquisita declaración de amor eterno de María para Borges: «Esa llama, que espero sea como un faro, que irradie su luz más fuerte que la de las constelaciones y que llegue hasta el inimaginable confín del universo para que si algo, de alguna forma, persiste del alma humana, le llegue y sienta que esa llama, hecha de amor, de lealtad, de pasión que una vez compartimos, sigue viva en mí para usted, “*forever and ever an a day*”».

La admiración: cuando el otro es un ser único

«Uno está enamorado cuando se da cuenta de que otra persona es única», decía Jorge Luis Borges. Esto podría compararse con un eterno deslumbramiento, con una química secreta, con el asombro que provoca lo diferente, lo especial, lo virtuoso. La admiración es un sentimiento que supera al enamoramiento y lo sostiene y lo prolonga en el tiempo. Es el éxtasis que produce la presencia del otro, más allá de la atracción física. Es la felicidad y el placer que aquel que amamos nos brinda con su existencia, con sus talentos, con sus virtudes.

La admiración es una magnífica alquimia que fusiona el respeto, la sorpresa, el orgullo por el otro, el misterio y el aprecio por él (o ella). Esa mágica mezcla genera una tensión romántica capaz de superar cualquier obstáculo e infundir larga vida al amor.

De hecho, tal vez sea mérito casi exclusivo de la admiración que el enamoramiento suceda: nos deslumbran aquellas características del otro que apreciamos como valiosas y de las que —probablemente— carecemos. El otro ejerce una verdadera fascinación, ya sea por algún rasgo de su inteligencia, por su dignidad, por su belleza, por su integridad moral o por ser apasionado en su trabajo, entre otros valores posibles.

Ese suele ser el punto de partida para el amor: reconocer que alguien es diferente, único, mejor, y tal vez, incluso, algo lejano e inalcanzable. La admiración es un elemento básico del amor. Naturalmente que la admiración del otro no implica el sometimiento ni la desvalorización propia. Por el contrario, los especialistas opinan que la autovaloración es un factor clave para poder apreciar y disfrutar del valor del otro.

En definitiva, en los buenos amores, la admiración es mutua: las cualidades del otro nos complementan, y viceversa. La admiración mutua enriquece, saca lo mejor de cada uno y nos hace mejores personas. Si la admiración es unilateral, siempre se correrá el riesgo de caer en la veneración, quizás en el sometimiento y por ende en la frustración.

La verdadera y sana admiración es, además, silenciosa, aprobatoria pero no adulatora y mucho menos servil, es más bien profunda antes que ostentosa. La admiración genuina conmueve, da alegría y es generadora de deseo hacia la pareja. Cuando profesamos admiración, y a la vez nos sentimos amados por aquel que nos provoca ese sentimiento, sentimos que hemos encontrado a la persona indicada.

Pero la admiración también exige crecimiento, individual y de la pareja. Cuando los miembros de una relación crecen de manera despareja, cuando alguno de ellos avanza y el otro se estanca, la admiración corre peligro... y la relación también.

Pero la admiración debe ser realista. No se trata —como muchas veces sucede durante el enamoramiento— de adjudicarle al otro virtudes y valores que solo nosotros somos capaces de ver, que creemos ver ahí pero que solo son producto de nuestro deseo, porque entonces esa admiración se desintegrará en cuanto los efectos de la adrenalina que produce el flechazo comiencen a descender en el torrente sanguíneo y el príncipe azul —o la princesa rosa— comience a mostrar su verdadero color.

Cuando alguien a quien respetábamos por alguna virtud que considerábamos especialmente valiosa traiciona ese valor, el respeto se pierde. Si un día descubrimos —por ejemplo— involucrado en un hecho de

corrupción a alguien a quien admirábamos por su integridad, la admiración morirá automáticamente. Si de pronto nos damos cuenta de que nuestro héroe —o heroína— por una u otra razón tiene «pies de barro», la desilusión será inevitable. Se perderá la motivación, la atracción y el entusiasmo por esa relación.

Pero si la admiración se sostiene en el tiempo, el buen amor puede incluso trascender las fronteras de la muerte, como sucede con el amor que nació entre María Kodama y Jorge Luis Borges, fruto de esa admiración que los mantuvo unidos en la vida y que sigue intacto tras haber vencido a la muerte.

Se sabe que, en su lecho de muerte, Borges le habló a Kodama sobre ellos dos. María nunca reveló (y asegura que jamás lo hará) qué fue lo que le dijo. Tiempo atrás le había escrito: «Yo pronuncio ahora su nombre, María Kodama. Cuántas mañanas, cuántos mares, cuántos jardines de Oriente y del Occidente, cuánto Virgilio». Y ella respondió, como conclusión del amor y la admiración eterna entre ambos: «Toda mi vida en él. *For ever and ever and a day* ».

Y para el resto del mundo, para todos aquellos que deseamos enamorarnos, pero que tal vez tenemos miedo a sufrir, Borges nos dejó una de sus ideas más sabias: «Las mujeres me han hecho desdichado. Pero la felicidad que he obtenido compensa toda la desdicha. Es mejor ser feliz y desdichado que no ser ninguna de las dos cosas».

6

La solidaridad
SUPERWOMAN

Christopher Reeve y Dana Morosini

El actor norteamericano Christopher Reeve fue elegido en 1978 para interpretar a quien sería uno de los superhéroes más taquilleros de la pantalla grande: Superman. Así, el actor que encarnó a Clark Kent quedaría inmortalizado para siempre en la película de Richard Donner como aquel hombre de acero que volaba sobre las calles de Metrópolis, pero el amor de una verdadera *supermujer* fue lo que lo rescató del dolor más profundo y acarició su alma en los días más oscuros.

Christopher Reeve había nacido el 25 de febrero de 1952 en la ciudad de Nueva York. Su madre era la periodista Barbara Lamb, y su padre, el escritor y profesor Franklin D'Olier Reeve. Pertenecía a una familia de clase alta, en la que hubo una jueza de la Corte Suprema —su abuela— y poderosos financistas. A los 4 años, sus padres se divorciaron, y su madre volvió a casarse. Tuvo dos hijos más, que se sumaron a Christopher y su primer hermano Benjamin.

Desde la escuela, el futuro Superman mostraba inclinación por lo artístico: además de amar el teatro, en la Princeton Day School ayudaba al director de la orquesta y cantaba en un coro, porque además de todos sus atributos físicos —alto, de ojos verdes que encandilaban, cabello oscuro y rasgos fuertes— tenía una voz privilegiada. Tras su paso por la prestigiosa Universidad Cornell, estudió arte dramático en Juilliard School, en Manhattan, donde conoció al enorme actor Robin Williams.

Tuvo un paso fugaz por la televisión hasta que le llegó la oportunidad de un cásting para el filme que lo haría famoso. Si bien la película tenía en principio como candidato estrella a Robert Redford, las altísimas pretensiones económicas del rubio actor hicieron que se descartara su nombre.

Lo mismo sucedió con otros actores célebres, pero por otras razones: Sylvester Stallone, por ejemplo, daba perfectamente con el perfil físico, pero su cara de italiano le cerró las puertas a ese papel. Y Steve McQueen —otro de los postulantes— estaba un poco fuera de estado para encarnar a un superhéroe.

Christopher, a pesar de ser casi un desconocido en el mundo del cine, tenía el físico perfecto para el papel. Además era deportista: hacía equitación, hockey y era un gran nadador. Su predisposición para interpretar el rol fue tal que además torneó su cuerpo durante horas en un gimnasio para desarrollarlo a la medida de Superman. Tras más de seis horas diarias de trote, musculación y natación, ganó catorce kilos de puro músculo en solo dos meses. Claro que la genética estaba de su lado: esas fibras estaban allí y él solo las estimuló, con

gran esfuerzo y voluntad.

La película fue un éxito mundial, con ganancias de más de 300 millones de dólares. En 1978 y con las primeras regalías cobradas por la interpretación de Superman, Reeve compró una casa que compartió con su primera esposa, la modelo británica Gae Exton, con quien tendría su primer hijo en 1979 y una hija en 1983.

Esa suma era de solo doscientos cincuenta mil dólares, y si bien él era el protagonista, no fue ni por asomo el mayor cachet del filme, ya que Marlon Brando cobró por un papel secundario —Jor-El, el padre de Superman— catorce millones de dólares.

Reeve filmó entre 1978 y 1987 cuatro películas encarnando al superhéroe de capa roja. *Superman*, dirigida por Richard Donner, y *Superman II*, de Richard Lester, fueron las primeras y las más exitosas. A partir de semejante suceso, Reeve recibió innumerables ofertas para protagonizar otros filmes, como *American Gigoló*, o *Fuego en el cuerpo*. Sin embargo, las rechazó todas para no encasillarse, y prefirió aceptar otro tipo de propuestas. Así fue que aceptó trabajar en películas como *El reportero de la calle 42*, *En algún lugar del tiempo* y *Lo que queda del día*, entre otras.

Destino interrumpido

Dueño de un cuerpo atlético, piloto de aviones privados, actor reconocido tanto en cine como en teatro y TV, y con una vida familiar estable —aunque se divorciaría de Exton en 1987—, el galán que encarnó al personaje más poderoso de nuestras fantasías infantiles no vislumbraba aún su trágico destino: pasaría doce años de su vida atrapado en un cuerpo inerte, su propio cuerpo, a raíz de su caída de un caballo en una competencia de equitación una tarde de 1995.

Sucedió en Culpeper, Virginia, mientras participaba junto a otros treientos jinetes en un concurso de salto con quince vallas. Frente a una de ellas, su caballo Eastern Express se plantó y lanzó al jinete por sobre su cuerpo, arrojándolo del otro lado de la valla. Reeve cayó de cabeza. El golpe le provocó la fractura de las dos primeras vertebrales cervicales y lo dejó cuadripléjico hasta el fin de su vida.

Tras el accidente, debió ser internado de inmediato en el Centro Médico Charlottesville y sobrevivió casi por milagro. Después de permanecer tres días en estado de coma y de haber sido sometido a varias cirugías, debió

asumir su nueva y dolorosa realidad: su cuerpo no se habría de recuperar jamás. Hasta la función más básica que le permitía sobrevivir, la respiración, debía estar asistida por un respirador artificial.

Nada funcionaba: ni el control de sus esfínteres, ni sus pulmones, ni sus músculos. Su vida corría peligro constante. En una oportunidad, el tubo del respirador se desconectó, y sin él Reeve no era capaz de pedir ayuda. En otra oportunidad, se intoxicó con los medicamentos que probaban en él para mejorar su estado, además del sufrimiento por las escaras y lastimaduras que su cuerpo padecía por el estado de inmovilidad al que estaba sometido.

Lo intentó todo: medicaciones experimentales, computadoras que enviaban señales a sus piernas intentando reemplazar los estímulos nerviosos y ejercicios de rehabilitación permanentes para combatir la inexorable atrofia muscular. Gastaba fortunas en cualquier tratamiento que podría significar una esperanza y hasta cayó en manos de pseudoexpertos que le brindaban alguna esperanza de recuperación.

No solo su cuerpo quedó irremediablemente dañado: su personalidad se quebró, su carácter se tornó agresivo y hosco, comenzó a destratar a quienes lo rodeaban y asistían, inclusive a su segunda esposa, Dana —con quien se había casado tres años antes—, y se descontroló con lo único que su paralizado cuerpo de dos metros de altura podía hacer: comía desafortadamente.

La carrera actoral había terminado para el bello superhéroe. Pero Reeve intentaba denodadamente encontrar un sentido para esa vida que parecía no tenerlo: así fue como invirtió cerca de cincuenta millones de dólares en crear una fundación que lleva su nombre, dedicada a promover las investigaciones científicas con células madre.

Una luz en la oscuridad

Un año después de su accidente, en 1996, Christopher Reeve se presentó en la ceremonia de los 68th Annual Academy Award, donde fue homenajeado por su lucha y su fortaleza inagotable. Su esposa Dana lo aplaudía conmovida desde la primera fila, rodeada de una platea estelar que lo ovacionaba. Figuras como Brad Pitt, Tom Hanks, John Travolta, Meryl Streep, con lágrimas incontenibles en sus miradas, lo escucharon agradecer decenas de veces antes de que los aplausos lo dejaran comenzar a hablar.

Christopher dijo por aquellos días: «No quiero ser un estorbo, alguien que todo el día está sentado sin hacer nada... tengo muchos planes y voy a

concretarlos». Sin embargo, su propia madre había pedido a los médicos que lo desconectaran y lo dejaran morir.

Fue Dana quien permaneció a su lado, cuidándolo y dándole el amor suficiente como para que resistiera doce años en esas condiciones y aun así pudiera sonreír. «Sigues siendo tú y te quiero», le dijo, y prometió estar siempre a su lado. Y lo cumplió.

Dana Morosini había conocido a Reeve durante el festival de Artes de Williamstown, Massachussets, en 1987. Ella, actriz de formación, cantaba en un grupo llamado Cabaret Corps. Cuando Christopher la vio, rubia y con una sonrisa luminosa, se acercó a su mesa, pero ni la fama ni la belleza del actor lograron conmovierla. «Debe ser un arrogante y engreído, una estrella de cine idiota, y yo no quiero tener nada que ver con él», le dijo en ese momento a una de sus amigas.

Sin embargo, algo muy fuerte pasó entre ellos, porque a los pocos meses se comprometieron, y a mediados de 1992 se casaron, cuando Dana ya estaba embarazada del hijo de ambos, Will. Fue ella quien le transmitió a su esposo el gusto por la equitación, deporte al que ella era aficionada y que sería, pocos años después, la trampa mortal para el hombre de su vida.

Tras el accidente, Reeve estuvo seis meses hospitalizado. De vuelta al hogar, Dana transformó la casa casi en un instituto de rehabilitación para poder cuidarlo. Él, al tomar conciencia de la irreversibilidad de su estado, le pidió a su esposa que lo dejara y continuara con su vida. Ella, por toda respuesta, dejó su carrera como actriz y cantante para dedicarse a él.

Sigues siendo tú...

Indudablemente, esa frase inspiradora de la mujer que lo amaba fue el disparador de su autobiografía: *Still Me* (que podría traducirse como «Sigo siendo yo») se llamó aquel libro que, al ser grabado como un álbum hablado, le valió un premio Grammy en 1999.

En 2002 volvió a volcarse a la escritura con el libro *Nothing is Impossible. Reflections of a New Life*, que fue traducido al español como *Todo es posible*. Su lucha por la vida y por su recuperación también fue reflejada en el documental *Volveré a caminar*, realizado por su primogénito, Matthew Reeve.

Entre sus titánicos esfuerzos por hacer que su vida siguiera teniendo sentido, Reeve tuvo una última participación en cine en 1998. Ya no como

galán, ni como superhéroe: lo hizo en la película *La ventana de enfrente*, de Jeff Bleckner, una adaptación para televisión del famoso filme *La ventana indiscreta* de Alfred Hitchcock. Reeve hizo el papel principal, un arquitecto tetrapléjico que espía a sus vecinos a través de la ventana de su departamento.

Su pelea finalizó el 10 de octubre de 2004. Christopher Reeve murió a los 52 años de un paro cardíaco, en un hospital de Nueva York. Dana, la mujer que se había ganado el respeto y la admiración del mundo entero por su grandeza y su amor incondicional, tuvo que pelear otra batalla muy poco tiempo después: en agosto de 2005, fue diagnosticada con cáncer de pulmón. Dana no era fumadora, y su enfermedad se había desarrollado de manera silenciosa en apenas un año.

Dana enfrentó el cáncer con toda la fuerza que había desarrollado para cuidar a su esposo y se valió de su ejemplo: «Ahora, más que nunca, siento a Chris conmigo, cuando afronto este desafío. Como siempre, lo miro como el ejemplo máximo», sostuvo al recibir el diagnóstico.

Era demasiado tarde para ella, que perdió esa batalla el 6 de marzo de 2006 en el Memorial Sloan-Kettering Medical Center -de Nueva York- días antes de cumplir 45 años. «La luz más brillante se ha apagado», dijo en aquel momento el actor Robin Williams. La admiración que Dana había despertado en todo el pueblo norteamericano provocó una verdadera conmoción ante su muerte.

Esa mujer abnegada y generosa que permaneció junto al superhéroe vencido se había convertido, junto a su esposo, en un verdadero símbolo de la lucha contra la adversidad. Incluso Hillary y Bill Clinton se refirieron a Dana como «un modelo de tenacidad y gracia. A pesar de la adversidad que enfrentó, Dana asumió estos retos valientemente, y siempre fue una esposa, madre y activista extremadamente dedicada».

Sobre aquella expresión de Dana a su esposo, «Sigues siendo tú y te amo», Christopher Reeve había dicho: «Esas palabras fueron las que salvaron mi vida».

El valor humano por excelencia, la solidaridad

La solidaridad merece sin duda alguna estar al tope de la escala de valores del hombre. Se trata de un sentimiento muy ligado al amor, que hace que las personas se unan y se apoyen de manera mutua en cualquier circunstancia que les toque atravesar, fundamentalmente frente a las adversidades.

La solidaridad es la emoción que hace conmover al ser humano respecto de otro que vive situaciones de dolor o dificultad, que lo ayuda a motivarse y que le brinda herramientas y recursos para paliar sus infortunios. Incluye otro valor esencial: la compasión, y sobre todo el deseo del bienestar de ese otro. Respecto de la solidaridad, Martin Luther King expresó alguna vez: «Solo se necesita un corazón lleno de gracia, un alma generada por el amor».

Los científicos aseguran que los seres humanos venimos preparados para ser solidarios. Está en nuestra naturaleza, en nuestra anatomía. Para poder compadecernos con el dolor de otro, contamos en nuestro cerebro con las llamadas «neuronas espejo», responsables de la empatía, esa aptitud que nos permite ponernos en el lugar de la otra persona y comprender su sufrimiento. Claro que además es necesario actuar frente a esa percepción y hacerlo de manera correcta.

A ser solidario también se aprende, de manera que es crucial para los padres y las familias educar a sus hijos en la solidaridad, brindando ejemplos desde los pequeños gestos diarios.

En la celebración religiosa del matrimonio, los novios expresan el compromiso de amor y fidelidad bajo cualquier circunstancia: «En la prosperidad y en la adversidad, en la salud y en la enfermedad...». Pero ¿cuántos son capaces de sostener esas promesas?

Aunque suene ilógico, es más fácil el trámite para contraer matrimonio que obtener el registro para conducir un auto. Y muchas veces se acude al matrimonio (civil o religioso) para cumplir un mandato o para oficializar una familia y, en ese marco formal, criar y educar a los futuros hijos. Pero muchas veces ese compromiso que se hace ante Dios y ante los hombres se quiebra fácilmente, y no es ya «hasta que la muerte los separe», sino ni siquiera «mientras dure la pareja».

Es cierto que el matrimonio (al menos el civil) es un compromiso legal que da cierta seguridad jurídica, pero solo en el aspecto económico. En lo que se refiere a la solidaridad y el compromiso moral, no hay ley que asegure al matrimonio. Y es que la enorme mayoría de las parejas enfrenta a lo largo de su vida situaciones de crisis y dificultades de todo tipo, que ponen a prueba ese amor que se juraron el día que decidieron caminar juntos por el resto de sus vidas, y muchos sucumben frente a las adversidades. ¿Será porque el sentimiento que los une es un amor *light* ?

En la introducción del libro *El amor líquido. Acerca de la fragilidad de los vínculos humanos* , su autor, el filósofo polaco Zygmunt Bauman, se

refiere a esta versión *light* del amor como «el miedo a establecer relaciones duraderas más allá de las meras conexiones. Los lazos de solidaridad parecen depender de los beneficios que generan».

Bauman, que fue un duro crítico de las redes sociales, explicaba que muchas relaciones de hoy en día son «conexiones» más que relaciones. En realidad, se refería a un concepto más profundo aún: aquel individualismo que solo busca satisfacer necesidades puntuales con un principio y un fin. Así, su idea de «amor líquido» tiene que ver con ciertas emociones que algunas personas son incapaces de retener, que se escapan como el agua entre los dedos.

Las relaciones son, en gran medida, «flexibles», y el compromiso que conlleva el amor suele ser optativo, por eso las parejas se han transformado en vínculos absolutamente inestables. Hemos pasado casi sin solución de continuidad de los matrimonios para toda la vida de nuestros abuelos, signados por un férreo compromiso aun a costa de la felicidad, a las relaciones de hoy, caracterizadas en gran número por su grado de vulnerabilidad y de escasa resistencia a las adversidades, más bien fugaces. Fogosas, eso sí, pero sumamente frágiles.

El psicólogo Walter Riso ha profundizado en su libro *Los límites del amor* el tema de la solidaridad en la pareja, dando pautas sobre las características que debe tener una pareja solidaria y que tan bien se cumplieron en el caso de Christopher Reeve y Dana Morosini:

En los momentos difíciles de la pareja, los dos están presentes.

Cada uno se preocupa por el bienestar del otro.

Cada quien defiende al otro y la relación, si se ven amenazados de cualquier forma.

Ninguno de los dos miembros cuenta intimidades a extraños que puedan afectarlos.

Ambos se hacen cargo de las responsabilidades asumidas y están al tanto de lo que le ocurre a la otra persona.

Ninguno desprestigia al otro, ni a la relación.

Luchan hombro a hombro por las metas comunes sin recostarse en el otro.

Cada cual siente que puede contar con el otro.

Los dos se toman en serio.

Ninguno subestima los problemas que pueda tener la relación.

Pero como dice Bauman, en muchas relaciones (las que él denomina de «amor líquido»), uno pide menos y se conforma con menos, porque tampoco está dispuesto a entregar demasiado. Este tipo de amores no concibe atravesar situaciones de carencia ni sufrimiento. Una enorme mayoría de los «enamorado» quiere salir ileso de las relaciones de pareja, o al menos no quedar con secuelas de ellas.

Claro que también existe otra clase de amor, infinitamente más sólido y duradero, un buen amor construido sobre las bases de la verdadera intimidad, cuyos protagonistas no tienen miedo de implicarse ni de esforzarse para construir un vínculo.

Esos amores en los que la fidelidad y la solidaridad comprometidas en aquel «sí, quiero» han sido tomados en serio, los amores que hacen a uno sentirse seguro de que, aún en el peor escenario, el otro estará allí para él. Los que, como en la relación entre Christopher Reeve y su esposa Dana, siguen manteniendo viva la esperanza de todos de que el amor del bueno, solidario y comprometido es posible.

7

Los ideales

EL GORRIÓN Y EL CÓNDOR

Juan Domingo Perón y María Eva Duarte

«Mi adorable tesoro: solo cuando estamos apartados de quienes amamos sabemos cuánto los amamos. Desde que te dejé ahí, con el mayor dolor que se pueda imaginar, no he podido sosegar mi desdichado corazón. Ahora sé cuánto te amo y que no puedo vivir sin ti. Esta inmensa soledad está llena de tu presencia [...]. Tan pronto salga de aquí nos casaremos y nos iremos a vivir en paz a cualquier sitio.»

El coronel Perón escribió este párrafo —parte de una carta a Evita— mientras estaba detenido en la cárcel de la isla Martín García. En la misma misiva, fechada el 14 de octubre de 1945, le pedía: «Quereme mucho, porque necesito tu amor más que nunca».

Él era ya un político destacado; ella, una mujer de un origen muy humilde y con una carrera como actriz, algo no muy respetable en aquellos tiempos. Se habían conocido el 22 de enero de 1944, durante un encuentro solidario en el estadio Luna Park en favor de las víctimas de un terremoto en San Juan, que había dejado más de siete mil muertos y había destruido la ciudad.

Perón, como integrante del gobierno de facto del general Pedro Pablo Ramírez —que había derrocado al conservador Ramón Castillo con un golpe de Estado el 4 de junio de 1943—, estaba organizando las acciones solidarias para recaudar fondos para la provincia afectada.

Él tenía 48 años y había enviudado en 1938 de su primera esposa, Aurelia Tizón. Provenía de una familia de hacendados y su carrera militar —que había abrazado en la adolescencia— era más que promisoria. Eva tenía 24 años, había nacido en el pueblo bonaerense de Los Toldos, en el seno de una familia pobre, y era hija natural de Juan Duarte —un ganadero de la zona que ya tenía una familia con tres hijos en Chivilcoy— y Juana Ibarguren. Nació como María Eva Ibarguren, pero su padre finalmente le dio el apellido antes de morir, lo que sucedió cuando Eva tenía 7 años.

Una de las versiones más firmes y creíbles de cómo se conocieron Eva y Perón asegura que el locutor Roberto Galán (que más tarde conduciría el emblemático ciclo televisivo *Yo me quiero casar... ¿y usted?*), presentador del evento en el Luna Park, habría sido el celestino de la pareja. Lo cierto es que desde ese día se inició un amor del bueno que haría historia.

Fue tan fulminante el flechazo, que si bien lo mantenían en el anonimato, Perón se mudó al mismo edificio en el que vivía ella, en la calle Posadas, donde pasaban juntos la mayor parte del tiempo. Por entonces, él era secretario de Trabajo y Previsión y era considerado un hombre con atractivo físico y dueño de un gran futuro en política. Eva, delgada y poco llamativa, a

pesar de ser una reconocida actriz de radio, aspiraba a la pantalla grande. Era dueña de un carácter arrollador y hasta agresivo.

La misma Eva relataría años más tarde en su autobiografía cómo se sintió al conocer a ese hombre con quien compartiría el resto de su corta vida: «No me atrajeron ni su figura ni los honores de su cargo, y menos, sus galones de militar. Desde el primer momento yo vi su corazón, y sobre el pedestal de su corazón, el mástil de sus ideales sosteniendo cerca del cielo la bandera de su patria y de su pueblo».

Aunque era aún muy joven, tenía ya una gran potencia y convicción en sus deseos. Decidió estar al lado de Perón y apuntalarlo en su proyecto. Él, a cambio de su sostén, su compañía y su amor, la guio por el camino de la cultura, la inspiró y ayudó a cultivarse y crecer, y juntos compartieron sueños e ideales. En las ideas de Perón, ella encontró su verdadera vocación y la oportunidad de luchar por esos ideales de justicia social junto al hombre que la había deslumbrado definitivamente.

Perón contó aquellos comienzos de la relación en unos escritos breves que años más tarde fueron compilados en su libro *Del poder al exilio. Cómo y quiénes me derrocaron* : «Eva entró en mi vida como el destino. [...] Hablaba de manera vivaz, tenía ideas claras y precisas [...]. Yo la miraba y sentía que sus palabras me conquistaban; estaba casi subyugado por el calor de su voz y de su mirada [...]. Vi en Eva a una mujer excepcional, una auténtica “pasionaria”».

La razón de sus vidas

Aunque Perón y Eva estaban conviviendo ya, debido a las aspiraciones políticas del coronel, si quería ser presidente de la Nación, debía estar casado. De manera que el matrimonio civil llegaría más por conveniencia que por ese buen amor que los unía, que sin embargo era tan fuerte como los mandatos.

Perón había comenzado a ganar popularidad entre los trabajadores, y eso despertó la desconfianza de los altos mandos del Ejército y del gobierno del cual formaba parte. El 10 de octubre de 1945, dos meses antes de contraer matrimonio, fue obligado a renunciar a los cargos de vicepresidente, ministro de Guerra y secretario de Trabajo y Previsión. En su discurso de despedida, Eva lo acompañaba. La tarde del 13 de octubre, Perón fue llevado en calidad de detenido a la isla Martín García, argumentando razones de seguridad.

En la carta escrita desde su cautiverio, Perón le había prometido a Eva: «Si se acepta mi excedencia, nos casaremos al día siguiente y si no, ya lo arreglaré de una manera u otra. Pero sea lo que sea, pondremos fin a tu vulnerable situación. Amor mío, tengo en mi cuarto aquellas pequeñas fotos tuyas y las contemplo todos los días con los ojos húmedos».

El 17 de octubre se produjo una masiva movilización de trabajadores y sindicatos frente a la Casa de Gobierno pidiendo la liberación de Perón, objetivo que se logró: finalmente, el entonces coronel fue restituido en sus cargos. Juan Domingo Perón, ya liberado, apareció en los balcones de la Casa Rosada provocando el delirio de la multitud que lo aclamaba y acuñando para siempre el emblemático «Día de la Lealtad»

Días después, el 22 de octubre de 1945, Eva y Perón se casaron en el departamento de la calle Posadas (pero con un acta fechada en Junín por un escribano local), en una ceremonia que finalmente no tuvo valor alguno, ya que ella declaró tener tres años menos de los que tenía y él se declaró «soltero». Poco tiempo más tarde, el 10 de diciembre del mismo año, se casaron por iglesia en la ciudad de La Plata.

Fue una ceremonia, más que íntima, casi secreta. Días antes, el 29 de noviembre, habían intentado casarse en la misma iglesia, San Francisco de Asís, pero suspendieron la boda porque la noticia había trascendido y el público asistió masivamente a ver a los novios. Perón y Evita habían llegado en su auto a la iglesia y fue el mismo Perón quien desistió del casamiento ante el tumulto.

En la ceremonia definitiva, estuvieron solo sus familiares y algún amigo íntimo de la pareja. Eva lucía un vestido blanco corto, muy sencillo, y un sombrero de ala ancha, y Perón, su uniforme de coronel. Apadrinados por el hermano de la novia, Juan Duarte, los hasta entonces concubinos oficializaron una unión histórica.

Sin luna de miel para los recién casados, los hechos políticos se precipitaron, y tras ser ascendido a general de Brigada a fines de ese año, Juan Domingo Perón se convirtió el 24 de febrero de 1946 en presidente electo de los argentinos, y María Eva Duarte, en primera dama.

Según el libro *Eva Perón*, publicado en 1982, escrito por Marisa Navarro, biógrafa de la mítica figura, la esposa del entonces presidente argentino le aportaba frescura a su estilo, lo desinhibía y lo desestructuraba. Durante la campaña, Eva lo había acompañado por todo el país, cosa que le sumaba votos al candidato, ya que su mujer era muy popular por su labor como actriz.

El pueblo la reconocía y la quería, sin embargo parte del entorno político de Perón la resistía y la ninguneaba.

Pero Eva no se dejó amilantar por el poder, sino muy por el contrario, lidió con él desde el primer día, haciéndose respetar y ganando rápidamente su propio espacio. Era la esposa del presidente electo y allí estuvo junto a él en su asunción, aquel 4 de junio de 1946, como María Eva Duarte de Perón.

La actriz debió entonces ceder paso a la activista política. Pese a que no tenía cargos oficiales en el gobierno, Eva trabajaba ocupándose de la ayuda social del Estado. El matrimonio se mudó al Palacio Unzué, en Avenida del Libertador y Austria, y desde allí cada uno partía todas las mañanas hacia su trabajo: Perón a la Casa Rosada y Eva a su oficina en el Correo Central, que más tarde trasladó al Ministerio de Trabajo.

Según el mismo Perón, Eva valía «más que cinco ministros juntos», y así se manejaba ella, con un enorme poder y solvencia política. Si bien eran muy distintos en cuanto a personalidad, los unía el mismo proyecto, la misma pasión por la política y por el poder. Él era tranquilo y racional; ella, vehemente y a veces incluso agresiva. Poseía una fuerza arrolladora capaz de llevar a cabo cualquier propósito que la apasionara: su lucha en favor de los pobres y de las mujeres se cristalizó en muchas áreas, sobre todo en la de los derechos femeninos.

Así lograría el derecho al voto para la mujer por medio de la famosa ley 13010. Pese a la manera lujosa de vivir y la ostentación con la que vestía Eva, sus logros políticos en favor de los pobres y de las mujeres la convirtieron en «la abanderada de los humildes» y fue adorada y odiada casi con la misma pasión.

Todo lo que siento es de Perón

Marido y mujer se complementaban a la perfección. Juntos llevaban una vida tranquila puertas adentro, donde recibían algunas visitas los fines de semana o iban a recluirse a la quinta de San Vicente, rodeados de los animales que amaban. Perón solía tener gestos cariñosos con su esposa en público. Podía besarla en los actos políticos, un gesto que sus seguidores celebraban de manera calurosa. Si bien se cree que no tenían un vínculo sexualmente apasionado, las manifestaciones públicas de amor eran contundentes, y eso fue sin duda un plus en sus carreras políticas. Se los veía enamorados y el pueblo también se encandiló con ese amor.

Perón estaba profundamente enamorado de Eva y se le notaba. Le dio todo lo que un hombre le podría dar a su esposa por esos años: una vida glamorosa, un estatus social, una historia de amor inolvidable y única... y el poder, nada menos. Dicen también que a la postre de la enorme trascendencia que logró su esposa —incluso superándolo en popularidad y admiración—, a veces se sintió celoso del amor que el pueblo le profesaba a Evita. Por su parte, Eva sentía un respeto y una admiración reverencial por su esposo, y su lealtad hacia él fue inquebrantable hasta su último hálito de vida.

Eva rindió tributo a su hombre desde las páginas del libro *La razón de mi vida*, donde decía: «Muchos me reprochan que yo haya escrito todo esto pensando solamente en él; yo me adelanto a confesar que es cierto, totalmente cierto. Y yo tengo mis razones, mis poderosas razones que nadie podrá poner en duda: yo no era ni soy nada más que una humilde mujer... un gorrión en una inmensa bandada de gorriones... Y él era y es el cóndor gigante que vuela alto y seguro entre las cumbres y cerca de Dios. Si no fuese porque él descendió hasta mí y me enseñó a volar de otra manera, yo no hubiese sabido nunca lo que es un cóndor ni hubiese podido contemplar jamás la maravillosa y magnífica inmensidad de mi pueblo. Por eso ni mi vida ni mi corazón me pertenecen y nada de lo que soy o tengo es mío. Todo lo que soy, todo lo que tengo, todo lo que pienso y todo lo que siento es de Perón. Pero yo no me olvido ni me olvidaré nunca de que fui gorrión ni de que sigo siéndolo. Si vuelo más alto es por él. Si ando entre las cumbres es por él. Si a veces toco el cielo con mis alas, es por él. Si veo claramente lo que es mi pueblo y lo quiero, y siento su cariño acariciando mi nombre, es solamente por él. Por eso le dedico a él íntegramente este canto que, como el de los gorriones, no tiene ninguna belleza, pero es humilde y sincero, y tiene todo el amor de mi corazón».

A principios de 1950, Eva enfermó de cáncer. El tumor en el útero que finalmente se llevaría su vida le fue detectado por los médicos en una cirugía de apendicitis. Evita decidió no operarse, ya que eso le hubiese significado retirarse durante un largo tiempo de su tarea pública, y no estaba dispuesta a hacerlo. Y pese al evidente deterioro físico, ayudó a su esposo en la campaña presidencial de 1951. El pueblo le pidió que asumiera en ese momento la vicepresidencia, pero el mismo Perón la hizo renunciar por la debilidad física que ya anunciaba su final.

En su último mensaje al pueblo, Evita pedía ser recordada como la mujer que junto a Perón «se dedicó a transmitirle las esperanzas al pueblo. De esa

mujer solo se sabe que el pueblo la llamaba con amor *Evita* ». Gravemente enferma y ya sin fuerzas, quiso asistir, en junio de 1952, a la asunción de Perón como presidente en su segundo mandato, y lo hizo gracias a un soporte de metal y yeso —oculto bajo su tapado— que fue construido para sostener su frágil y deteriorado cuerpo.

Murió a los 33 años, el 26 de julio de 1952, pasadas las ocho de la noche y rodeada por su esposo y su familia. Ese día llovía intensamente, y Evita entró para siempre en la historia junto al hombre al que amó y con quien compartió su vida y sus ideales hasta la muerte.

Ideales compartidos, vida compartida

Varios son los pilares que mantienen unida a una pareja a lo largo de su vida, cuando estamos hablando de un buen amor. Naturalmente el respeto, el amor, el sexo, la libertad individual, una escala de valores en común. Y a partir de ella, en algunos casos, ideales compartidos.

Si bien no es imprescindible que los individuos que integran una pareja piensen exactamente lo mismo respecto de todos los aspectos de la vida, sí es necesario que haya una coincidencia en aquellos valores que para ellos son esenciales. Bien sabido es que los polos opuestos se atraen, pero eso no siempre funciona en los vínculos amorosos. Es posible que la diferencia de personalidades pueda hacerlos complementarios, y hasta ciertos matices en la visión del mundo que los rodea, pero la esencia debe ser compatible para que la pareja sea duradera.

La Universidad de Kansas, Estados Unidos, realizó un estudio en 2016 analizando a más de 1.500 parejas, que determinó que eran más longevas aquellas relaciones en las que había coincidencia de valores, gustos y actitudes. Las personas que compartían más valores en común solían pasar más tiempo juntas y esto propiciaba la unión de la pareja y les brindaba un mayor nivel de satisfacción.

Por otro lado, los especialistas en relaciones afectivas también señalan como un punto clave para que un vínculo sea saludable que los integrantes de la pareja disfruten haciendo cosas similares, que compartan actividades y que además se complementen el uno con el otro.

Pareciera casi una obviedad el pensar que es prácticamente imposible que funcione una pareja entre un cazador y una proteccionista de animales —por ejemplo—, o entre un hippie y una empresaria, o entre un represor y una

activista por los derechos humanos. Si bien nada es imposible, y el amor supone aceptar al otro tal cual es, una pareja con tal discordancia de intereses o con fuertes antagonismos deberá esforzarse mucho para superarlos y sobrevivir a semejantes diferencias de criterios en temas relevantes para sus vidas.

Y es que los ideales son razones que guían a las personas a actuar de un modo u otro en su vida en los aspectos que son importantes para ellas. Y muchas veces son lo que les da verdadero sentido a su existencia. Si esos códigos coinciden, la pareja será armoniosa y podrá tener un proyecto en común en el que ambos se sientan cómodos y ninguno se vea forzado, limitado o frustrado.

Si en una relación alguno de los miembros de la pareja debe renunciar a sus principios o verse obligado a negociarlos, su felicidad seguramente estará comprometida y por ende también su bienestar.

Las universidades americanas de Miami y Pensilvania realizaron un estudio entre más de 3.000 encuestados que interactuaban en las páginas web de búsqueda de pareja. Concluyeron en que si bien las personas que buscaban pareja a través de las redes sociales evitaban revelar su ideología política, en caso de encontrar alguien con quien vincularse lo hacían con personas que tuvieran ideales políticos y sociales similares a los suyos.

Los científicos intentaban probar sus teorías sobre la compatibilidad de las relaciones y sus posibilidades de duración en el vínculo existente entre coincidencia de ideas y principios y las relaciones a largo plazo. La conclusión a la que arribaron es que, en encuentros esporádicos, la compatibilidad de valores e ideas políticas es absolutamente secundaria, mientras que en una pareja en la que se apunta a proyectar juntos la vida se buscan personas con inclinaciones afines, y que incluso este aspecto pesa aún más que las características físicas o de personalidad.

Compartir valores e ideales, intereses, ambiciones comunes, creencias y gustos en una pareja es, indiscutiblemente, una de las características de las relaciones exitosas. Constituye uno de los pilares más firmes que sostendrán un vínculo de amor del bueno. Cuando dos personas comparten sueños desde sus raíces, van a luchar por las mismas cosas, contando así con un plus invaluable para su amor.

La pareja que conformaron Eva Duarte y Juan Domingo Perón — independientemente de que sus ideas políticas y su gestión en la administración del Estado argentino haya sido aprobada o compartida por sus

governados, y sus acciones hayan sido en parte o en un todo aprobables o condenables— fue protagonista de un gran y buen amor.

En ese vínculo, la complicidad parece haber estado siempre presente, las posibilidades individuales de desarrollo de uno y del otro fueron sin duda potenciadas por cada uno de ellos y ambos alternaron su protagonismo en la vida pública y privada, superando la competencia.

Perón y Evita fueron, cada uno, el mejor aliado para el otro, se comprendieron, se respetaron y se admiraron mutuamente, se defendieron, se cuidaron, confiaron el uno en el otro y sintieron que juntos, con sus ideales en común, podían enfrentar al mundo.

8

La atracción

MONUMENTO AL AMOR

Shah Jahan y Mumtaz Mahal

Si el Taj Mahal con su belleza única deslumbra a los visitantes de todo el mundo que llegan hasta la ciudad india de Agra solo para contemplarlo, la historia de amor que le dio vida a una de las siete maravillas del mundo emociona y llena el alma. Por un lado, porque el Taj Mahal —que significa «Corona del Palacio»— es una obra monumental de la creación humana, y por el otro, porque su inspiración es el fruto de un amor que quedó para siempre en la memoria colectiva, haciendo soñar a los románticos de todos los tiempos por el solo hecho de contemplarlo.

La construcción de este mausoleo de mármol prístino comenzó en 1630, en la ciudad que por entonces era la capital oficial del Imperio mongol. La orden del Shah era que debía ser el más majestuoso e imponente del mundo. Y lo fue.

Pero la historia del Taj Mahal había comenzado, en realidad, veintitrés años antes, cuando el príncipe Khurram era un adolescente de 15 y estaba siendo formado para gobernar el imperio. Era inteligente, ambicioso y atractivo. En el mercado de Agra, descubrió a una jovencita que se probaba un collar de brillantes, y su belleza lo deslumbró de tal manera, que decidió en ese instante que se casaría con ella.

El príncipe Khurram —hijo del cuarto emperador mongol Jahangir— había puesto sus ojos en la princesa Arjumand Banu Begum, hija del primer ministro de la corte. La joven tenía un año menos que él, había nacido el 1 de septiembre de 1593. El joven preguntó por el precio del collar de diamantes que ella se estaba probando y pagó sin dudar las diez mil rupias que costaba para ofrecérselo a esa jovencita que lo había deslumbrado.

Pero Khurram no pudo cumplir su ferviente deseo de casarse con ella, a pesar de que era una joven persa de noble familia, porque los astrólogos del palacio consideraron que ese momento era inadecuado para la unión, de manera que el príncipe tomó como primera esposa a una princesa, hija del rey de Persia.

Como la ley musulmana permitía tomar varias esposas, el príncipe se casó dos veces más en los siguientes cinco años, hasta que se reencontró con Arjumand y finalmente logró unirse a ella, convirtiéndola en su favorita. Tras la boda, Arjumand pasó a llamarse Mumtaz Mahal, que significa «la elegida del palacio». El príncipe la consideraba una mujer diferente a sus pares. Se sabe que era un ser cálido, compasivo, solidario y de una belleza deslumbrante.

El heredero, profundamente atraído por la bella joven persa, se había enamorado, y desde el momento en el que la hizo su esposa, su relación con

las otras mujeres no pasó de la formalidad. Con Arjumand —ahora Mumtaz— vivió un verdadero buen amor, pleno de intimidad, atenciones y afecto. Y le fue fiel, aun en el marco de su poligamia. Un amor poco común para su época y para la monarquía.

Ambos se adoraban y se acompañaban mutuamente. Ella apoyándolo en sus campañas militares, y él brindándole todo lo que una mujer de su tiempo y de su cultura tenía permitido desear: la llenaba de regalos, de joyas y de las más bellas flores. Vivieron diecinueve años de amor del bueno y tuvieron catorce hijos, de los cuales sobrevivieron diez.

Cuando el emperador Jehangir murió en 1627, el príncipe, ya con el nombre de Shah Jahan —que significa rey del mundo— ocupó el trono. Dos años más tarde, mientras se hallaba en una campaña militar en Burhanpur, Mumtaz —que lo acompañaba— estaba a punto de parir su decimocuarto hijo, una niña que se llamó Gauhara Begum. Las cosas se complicaron, y cuando el monarca recibió la noticia del gravísimo estado de su esposa, corrió desesperado a su lado. Llegó justo a tiempo para tomarle la mano y despedirla, en medio de una angustia inenarrable.

Mumtaz había muerto y le esperaba el más amargo de los duelos. Antes de morir, ella le pidió que fuera bueno con sus hijos, que se casara nuevamente, que construyera una tumba para ella y que la visitara cada año en el aniversario de su muerte.

Shah Jahan se encerró en sus aposentos y no comió ni habló por ocho días. Vivió recluido durante un año, vistió luto por su esposa y se desmoronó anímicamente. Se dice, incluso, que intentó suicidarse. Cuando reapareció en la vida pública, se lo vio muy envejecido. Y con ese retorno, comenzó la construcción de un mausoleo dedicado a su difunta esposa, que paradójicamente es el mayor símbolo del amor viviente.

«Una lágrima en la mejilla del tiempo»

Así describió al Taj Mahal el filósofo Rabindranath Tagore: una lágrima por la mujer que inspiró tanto amor... El mausoleo está construido en un jardín simétrico. Al estilo musulmán, está dividido en cuadrados idénticos, atravesado por un canal que realza la simetría y refleja la imponente construcción. Lo delimitan a ambos costados una fila de cipreses que le dan marco al imponente camino.

El deslumbrante mausoleo está construido en un exquisito mármol blanco

extraído de las canteras de Johdpur, decorado con piedras preciosas provenientes de todo el mundo oriental: jade y cristal de la China, zafiros de Ceylán, turquesas del Tíbet, corales de Arabia Saudita, cuarzo del Himalaya, ámbar del océano Índico, lapislázuli de Afganistán, ágata de Yemén, diamantes, malaquita, jaspe y cornalitas. Esas piedras, incrustadas en el mármol, filtran la luz natural hacia dentro produciendo un efecto multicolor asombroso en la penumbra de la cámara mortuoria.

Los mejores constructores trabajaron allí durante más de dos décadas, y hasta se desvió el curso del río Yamuna para que el Taj Mahal se reflejara en él. Más de veinte mil hombres y unos mil elefantes fueron allí empleados. Cuenta la leyenda, incluso, que a los arquitectos que lo diseñaron —los mejores de su época— el emperador mandó a cortarles las manos para que nunca más pudiesen crear algo semejante.

Pero el Taj Mahal no es solo un mausoleo: es todo un complejo edilicio al que se accede a través de una monumental muralla realizada en arenisca rosada. La construcción está también enclavada entre jardines, que le dan marco a la colosal puerta de entrada, por la que se accede a un enorme patio donde se ubica el estanque que conduce al mausoleo. A los dos laterales se ubican sendos edificios idénticos, y el conjunto se completa con otras construcciones menores. Al fondo, hacia el norte, el Taj Mahal limita con el río.

En todo el conjunto se realizó una mezcla de estilos arquitectónicos: persa, indio e islámico, que dio como resultado una de las siete maravillas del mundo. El edificio, un cuadrado con sus extremos truncados que le dan una forma octogonal irregular, contiene veintidós pequeñas cúpulas, que simbolizan los años que llevó su construcción, pero posee una gran cúpula central, rodeada por cuatro cúpulas menores y cuatro minaretes que a su vez terminan en otras cuatro cúpulas pequeñas. Y todo es de una proporción y una armonía que conmueven.

El mármol níveo de sus paredes refleja la luz del sol de variadas y mágicas maneras que lo hacen cambiar de color. El Taj Mahal es distinto al amanecer, por la tarde y los días nublados: a lo largo del día puede mostrar hasta diez colores diferentes. No está permitido pisar el suelo sino con una suerte de fundas de tela que cubren los zapatos de los tres millones de turistas que lo visitan cada año. Es uno de los lugares más fotografiados del mundo.

En la sala central del mausoleo se hallan hoy dos cenotafios: uno de ellos —el central— es el de Mumtaz Mahal, y a su lado —rompiendo la simetría, ya

que en principio el edificio fue concebido solo para la esposa—, el del Shah. Los restos de los monarcas reposan en realidad en un subsuelo al que el público no tiene acceso.

Cuenta la historia que el Shah quería construir su propio mausoleo al lado del de su esposa. Sería idéntico al de ella, pero en mármol negro, erigido del otro lado del río Yamuna, y ambos estarían unidos por un puente de oro. Fue el sexto descendiente del monarca y Mumtaz, quien cambió la historia.

Shah Jahan enfermó en 1658, tras lo cual se inició una suerte de batalla de secesión entre sus hijos, ganada por el más experimentado en las batallas: Aurangzeb, quien finalmente derrocó a su propio padre y lo envió a prisión. El Shah Jahan vivió sus últimos ocho años prisionero en el Fuerte Rojo, desde donde podía vislumbrar tras una ventana la figura del Taj Mahal. Cuando estaba a punto de morir, a los 74 años, pidió que le acercaran un espejo para poder ver allí reflejada la tumba de la mujer que amaba: el Taj Mahal, el monumento al amor entre él y Mumtaz.

El príncipe Aurangzeb —cuyo reinado duraría casi medio siglo— decidió que los restos del Shah y Mumtaz descansaran juntos. La figura de Mumtaz Mahal está representada en el mausoleo por una losa, y el rey, por un tintero. La metáfora simboliza la mujer como un papel en blanco en la que su esposo escribe su historia.

La UNESCO declaró Patrimonio de la Humanidad en 1983 al Taj Mahal, y se lo declaró la joya del arte musulmán de la India. Pero a pesar de las distinciones, será para siempre un monumento al buen amor.

Atracción a primera vista

¿Existe el flechazo? ¿Es posible enamorarse en el preciso instante en el que vemos por primera vez a un otro que nos deslumbra? Para algunos psicólogos, no solo es posible, sino que además es la única manera que conoce el enamoramiento: una atracción inmediata, irresistible e inconsciente que nos invade, sin saber cómo ni por qué, y que desata en los seres humanos un arrebató pasional, una serie de reacciones físicas y emocionales que nos pasan por encima, como un huracán incontrolable y devastador.

¿Cuánto importa la atracción física? Dicen que en una relación lo que realmente cuenta es el amor. Sin embargo, no muchas personas se embarcarían en un vínculo sentimental en donde no se sientan atraídos por el otro, justamente porque la atracción física y sexual es el factor que diferencia a las

relaciones amorosas de los otros vínculos humanos.

En este punto, es importante resaltar que la atracción física no necesariamente es proporcional al grado de belleza con el que cada persona haya sido dotada por la naturaleza, al menos en lo que a belleza convencional se refiere. Cada ser humano aprecia lo estético de una manera muy personal y puede sentirse conmovido tanto por un rostro perfectamente simétrico como por algún rasgo exótico y poco convencional. La belleza también se puede esconder en una mirada, en una determinada actitud corporal, en el tono de la voz o en un gesto único y personal.

Aunque no hay avisos previos, al flechazo da señales inequívocas. Todos las conocemos porque en algún momento de nuestras vidas las hemos experimentado: una emoción inexplicable; una sensación incomprensible de vulnerabilidad, de nerviosismo, de miedo a no ser aceptados; temblor en las manos; palpitaciones, rubor, cosquillas en la boca del estómago (las famosas «mariposas en la panza»); la risa constante en los labios; la sensación de ir flotando por la vida, distraídos y caminando a medio metro del suelo... Algo como lo que les pasó al Shah y a Mumtaz desde la primera vez que se cruzaron en aquel mercado.

«Hay química,» se suele decir. Y eso sucede, generalmente, apenas descubrimos en el otro ese «algo» que no podemos explicar en términos racionales, pero que nos produce una felicidad difícil de describir y de analizar. Eso explica infinidad de enamoramientos en los que el otro está lejos de ser el príncipe o la princesa con los que habíamos soñado, y sin embargo no podemos quitarlo de nuestras cabezas desde aquel primer encuentro.

Este fenómeno de la atracción y del enamoramiento se contrapone con otras experiencias que muchos de nosotros hemos vivido. Todos tenemos en nuestra mente un listado de características físicas y mentales que creemos necesarias en una persona para que se convierta en el hombre o la mujer ideal.

Pensamos que es difícil encontrarlas, pero que si el milagro se produjese nos enamoraríamos y seríamos felices. Y un día esa persona aparece. Investida con todas aquellas virtudes que formaban parte de nuestra «lista de requerimientos» y que la convierten la indicada. Y sin embargo, no hay magia, nada sucede, no hay chispa que encienda el fuego.

Por eso es interesante escuchar las teorías de los expertos, que sostienen que para que una persona se fije en otra ya tiene en su cerebro un mapa mental, no consciente, una suerte de «molde» de circuitos cerebrales que determinan los factores que lo hará enamorarse de una persona y no de otra.

El sexólogo neozelandés John Money cree que los humanos desarrollan esos mapas entre los 5 y 8 años de edad, basados en las asociaciones con personas cercanas hasta ese momento de la vida: familiares, maestros y amigos, y de experiencias emocionales con esos vínculos. Esas emociones que habrían sido impresas en el subconsciente serían las que se activan en los momentos en los que alguien, mágicamente, las vuelve a disparar en la vida adulta. Por eso la química surge con algunas personas que pueden no responder a los cánones de belleza o atractivo convencionales. Es, claramente, una magia inesperada.

Por cierto, el enamoramiento es un verdadero misterio, casi un milagro, y afortunadamente es tan democrático que cualquier persona de cualquier característica física, emocional e intelectual puede despertar pasiones y atracciones en otros. El amor es un sentimiento tan inexplicable e inevitable que nadie puede enamorarse de manera voluntaria ni evitar sentirlo. Se ama o no se ama, pero el amor no es volitivo.

Y la atracción física (que puede incluir atracción emocional) es la puerta que nos abre paso a establecer una relación que puede convertirse en un buen amor. Además, una relación de pareja sin demasiada atracción física tendría grandes dificultades para sobrevivir sin pasión ni deseo: la atracción física moviliza y promueve la sexualidad, y esta, a su vez, es fuente de placer y felicidad, además de ser el motor del instinto de reproducción que caracteriza al ser humano. Es un gran pilar de la pareja y genera unión e intimidad entre sus integrantes.

La atracción es un fenómeno independiente del modelo de pareja que desde lo racional hayamos desarrollado. Esta es tal vez una de las mejores partes de la película de nuestra vida: el factor sorpresa, esa suerte de alquimia entre lo físico y lo químico, que involucra los sentidos y las hormonas y que se nos vuelve inmanejable.

Es uno de los tantos factores que explica la complejidad del ser humano, aún no desentrañada en su totalidad, pero capaz de parir, entre otras cosas, una de las siete maravillas del universo, como el Taj Mahal, el más deslumbrante y conmovedor monumento al buen amor.

9

La generosidad

DAR HASTA QUE DUELA

Sandra Mihanovich y Marita Novaro Hueyo

«Amar de verdad es ayudar aun cuando no puedan devolvernos el favor». La cita de la Biblia es de Mateo 25:25, y nos ilustra una conmovedora historia de buen amor, la que protagoniza uno de los íconos de la canción argentina: Sandra Mihanovich.

Sandra fue siempre una mujer de un altísimo perfil, en parte por el fuerte protagonismo de su madre, la periodista Mónica Cahen D'Anvers, en los medios de comunicación, y fundamentalmente por mérito propio, como cantante: su disco debut, *Pienso en vos*, fue editado en 1977, cuando Sandra tenía solo 20 años.

Cantaba desde niña en reuniones familiares, aprendió con los años a tocar la guitarra y a darse cuenta del impacto que producía su voz, y para la época de su primer disco ya tenía claro que había heredado la pasión por el jazz de su abuelo Mihanovich, gran anfitrión de músicos.

Combinando esa pasión con el rock, el pop y una voz privilegiada, cinco años después, con *Puerto Pollensa*, Sandra se convertiría en una intérprete de éxito y la primera cantante argentina mujer en hacer un show en el estadio Obras. Este éxito siguió creciendo con discos de enorme popularidad, como *Soy lo que soy* (1986), *Mujer contra mujer* (1989, junto a la cantante Celeste Carballo) y, más acá en el tiempo, *Honrar la vida* (2009).

Esta popularidad creciente, que se mantiene hasta hoy —en 2017 festejó sus cuarenta años con la música con el exitoso tour *Soy lo que soy*, que la llevó por diferentes localidades a lo largo de la Argentina—, tuvo como contrapartida una vida privada de bajo perfil, pero signada por el más contundente y a la vez silencioso gesto de amor y de entrega.

Uno de esos actos que duelen en el cuerpo, pero que curan el alma. Una decisión tan difícil como generosa, tan valiente y tan llena de amor que, a pesar de su acostumbrada discreción en cuanto a su vida privada, trascendió para conmover a un país entero: la donación en 2012 de uno de sus riñones a su ahijada Sonsoles, hija de su pareja, María Paz «Marita» Novaro Hueyo, una relación que hasta ese momento había permanecido en la intimidad.

Soy lo que soy

Sandra Mihanovich siempre mostró una actitud de vida diferente y personal. A pesar de su timidez, siguió sus convicciones con firmeza, sin miedo —o vencíéndolo— y sin ostentaciones, aun en épocas difíciles: si por la década de 1980 el amor entre dos hombres era objeto de discriminaciones e

intolerancia, el amor entre mujeres era directamente impensado. Pero Sandra siempre supo hacia dónde iba su vida y la vivió sin estridencias, pero con intensidad.

Con Marita se conocían desde la adolescencia. Definida por sus amigos como una «mujer auténtica, fina y extremadamente sensible», ambas eran amigas del colegio, sus familias se conocían y apreciaban, y así fundaron una amistad tan fuerte que, al perdurar en el tiempo, hizo que Marita eligiera a Sandra como la madrina de una de sus hijas, Sonsoles.

Es que María Paz «Marita» Novaro Hueyo había tenido dos matrimonios antes de formalizar su relación con Sandra: el primero con el empresario Johnny Rey, con quien tuvo tres hijos —Sonsoles es la menor— y, después de su separación, volvió a casarse con Zico Verkojicic, un empresario con quien creó en Buenos Aires el famoso restaurante de comida mexicana María Félix, hoy con varias sucursales. De esta relación nació su cuarto hijo, pero su segundo esposo murió de un infarto en 2007. Fue entonces cuando la estrecha amistad entre Sandra y Marita dio paso al amor.

¿Cuándo fue que esa relación de amistad se convirtió en amor de pareja? Sandra, con su distintivo bajo perfil, nunca dio muchas precisiones al respecto de su vida privada; pero el mundo entero supo de ese vínculo profundo cuando en 2012 salió a la luz la noticia de la donación de un riñón de Sandra a su ahijada Sonsoles.

En el libro *Divas*, con entrevistas a grandes mujeres del espectáculo argentino, su autor, Héctor Maugeri —subdirector de la revista *Caras*—, le preguntó a Sandra por la repercusión de la donación de su riñón, que también expuso su relación afectiva con Marita. Sandra respondió: «No fue algo buscado. Yo sigo manteniendo mi bajo perfil, sin buscar una publicidad explícita de mi vida privada. En una ocasión alguien me dijo: “Saliste del closet”. Y yo no creo haber estado nunca en el closet. Lo que pasa es que nunca hice ostentación de mi vida privada. Jamás invité a la prensa a mis eventos personales para darlos a publicidad. Esto puso todo en el tapete [...] La situación nos expuso, pero no nos modificó. Por ahí algunos amigos de Marita se enteraron y no sabían... Digamos que en la interna no nos cambió mucho la historia».

En la misma entrevista, Sandra respondió qué es lo que más la conmueve del amor, dando la clave quizá de su relación con Marita: «Para mí el amor es el motor de la vida. No hay otra cosa. El amor en todas sus expresiones. Sentir que tenés tu par es algo muy fuerte. Sentir que tu pareja te gusta, te divierte,

que podés compartir, que te contiene y que contenés, que te hace reír, es algo mágico».

La decisión de Sandra

Sonsoles vive en la localidad de Praia de Rosa, en Brasil, donde tiene una posada. Fue ella misma quien contó a los periodistas la decisión de Sandra de donar uno de sus riñones para poder seguir viviendo. Dijo que su madrina lo hizo en silencio, como deben ser los actos de grandeza. Fue sola al médico para hacerse los análisis de compatibilidad y comprobar si era apta para donar el riñón a su ahijada. Al ser su madrina de nacimiento, ese fue el argumento que aceptó la Justicia argentina para hacer lugar a su pedido, dado que no se permitía la donación de órganos entre personas vivas no relacionadas .

La joven llevaba enferma casi veinte años, y si bien ya había recibido un trasplante anteriormente, su situación se había vuelto a complicar y necesitaba un nuevo trasplante de manera urgente. «Estoy curada», dijo Sonsoles cuando se enteró de que la donante era Sandra. Era su madrina, la amiga de toda la vida de su familia, y desde hacía un tiempo también la pareja que hacía feliz a su madre.

Claro que la decisión de aceptar semejante regalo tampoco debe haber sido sencilla. Y Sonsoles confesó que pensó en rechazar ese gesto de generosidad inmenso. Pero ya tenía un hijo de un año y medio y necesitaba seguir viviendo. «Me estaba muriendo —dijo Sonsoles a la prensa después de la operación—. Me siento muy afortunada, porque en Argentina hay más de siete mil enfermos de riñón que esperan un trasplante».

Ante la revelación de que su madre y Sandra mantenían una relación sentimental, la joven también explicó cómo había vivido esa situación y, sobre todo, cómo se la habían explicado: «Para Sandra era todo tan natural que nos transmitió ese sentimiento. Dijo: “Esto es así y no pasa nada, no somos raras”», mientras que Marita le dijo a sus hijos: «Yo estoy enamorada de esta alma, no me importa si es hombre o mujer, es un alma, unos ojos, una mirada. Y tranquilos, que estoy muy bien». La sonrisa de ambas cuando la prensa empezó a fotografiarlas juntas lo demostraba.

Sonsoles reconoció en ese momento la valentía que mostró su madre frente a la familia para explicar su nueva elección de vida. Y el gesto de Sandra conmovió a todos aquellos que la conocieron, de cerca o de lejos.

Pocos años después, en 2016, ambas decidieron oficializar su amor. Y se casaron. En la Argentina, el matrimonio igualitario ya era una realidad desde 2010. La boda fue en la intimidad, como siempre. Y el enlace se conoció a través de Sonsoles, por una foto que ella misma publicó en las redes sociales con la leyenda: «¡Viva el amor, viva la verdad, somos lo que somos!».

Tras la unión, Sandra le decía a la prensa: «Intentamos que el casamiento fuese lo más íntimo, familiar y casero, y lo pudimos lograr gracias a la complicidad de todos. Lo celebramos en el restaurante de Marita y fue un encuentro muy amoroso. Para mí, el matrimonio es como la frutilla que se pone a un postre. Estoy contenta de compartir la noticia ahora, lo que no quería eran móviles ni cámaras».

Respecto de la situación y la mirada de la sociedad argentina sobre las parejas del mismo sexo y el matrimonio igualitario, donde también anidan los buenos amores, Sandra expresó: «Yo creo que ha habido un cambio muy grande. Lo más importante es tratar de combatir la ignorancia porque, en general, los actos discriminatorios van de la mano del miedo a lo desconocido. Lo primordial es la libertad de elegir. Creo que estamos mucho mejor que antes, tenemos aún mucho por crecer pero vamos en la senda correcta».

Dar es dar: generosidad y amor

«Dar es dar / Y no explicarle a nadie / No hay nada que explicar». Hermosos versos los de la canción de Fito Páez, para aplicarlos a los gestos de generosidad en los que hunden sus raíces los buenos amores. «Dar y amar / No cuento el vuelto / Siempre es de más...» ¡Qué bellas y grandes verdades se revelan en simples palabras! Canciones que por algo pegan fuerte en el inconsciente colectivo...

El término «generosidad» deriva de la palabra latina *generosus*, que refiere al origen noble y virtuoso del individuo. En la antigüedad, esta definición se refería al concepto de linaje o abolengo. Sin embargo, a partir del siglo XVIII la concepción más ajustada de este vocablo remite a la virtud de entregar algo y de entregarse por el bien de aquellos que lo necesitan. Alude al concepto de magnificencia, de dar de manera desinteresada. En una profundización más amplia del concepto, podríamos decir que la generosidad implica resignar parte de nuestro beneficio o confort en beneficio de otro que lo necesita más.

En la religión católica, la generosidad es una de las siete virtudes capitales, aquella que se opone al pecado capital de la avaricia. Aquel que fomenta su propia generosidad es bien visto ante los ojos de Dios, porque lucha contra su propio egoísmo, una característica natural del ser humano.

Dar dinero u objetos puede ser sin duda una de las formas más comunes de la generosidad. Y si bien no todos están dispuestos a hacerlo, esta tampoco es su forma más virtuosa, porque es la más fácil. Y es en el ámbito del amor en donde se encuentran los gestos más valiosos inspirados por esta virtud altruista. Porque la generosidad más grande es aquella que nos impulsa a dar las cosas que no tienen repuesto, como nuestro tiempo. Por esto, los trabajos solidarios son de las actitudes más valiosas, que les dan un verdadero sentido a nuestras vidas.

El libro *El profeta*, de Khalil Gibran, tiene una hermosa definición de lo que es dar:

Y entonces el hombre rico dijo: —¡Háblanos del dar!

Y él contestó...

Dan muy poca cosa cuando dan lo que poseen.

Cuando dan algo de ustedes mismos es cuando dan realmente.

¿Qué son vuestras posesiones sino cosas que atesoran por miedo a necesitar mañana?

[...]

Hay quienes dan poco de lo mucho que tienen, y lo dan buscando el reconocimiento, y su deseo oculto malogra sus regalos.

Y hay quienes tienen poco y lo dan todo.

Son estos los creyentes en la vida y en la magnificencia de la vida, y su cofre nunca está vacío.

Hay quienes dan con alegría y esa alegría es su premio.

Hay quienes dan con dolor y ese dolor es su bautismo.

Y hay quienes dan y no saben del dolor de dar, ni buscan la alegría de dar, ni son conscientes de la virtud de dar.

Dar como en el hondo valle da el mirto su fragancia al espacio.

A través de las manos de los que son como estos, Dios habla, y desde el fondo de sus ojos, Él sonríe sobre la tierra.

Es bueno dar algo cuando ha sido perdido, pero es mejor dar sin demanda, comprendiendo.

Y, para la mano abierta, la búsqueda de aquel que recibirá, es mayor

goce que el dar mismo.

¿Hay algo acaso que podáis guardar? Todo lo que tenéis será dado algún día.

Dad, pues, ahora que la estación de dar es de ustedes, y no de vuestros herederos.

Decís a menudo: «Daría, pero solo al que se lo mereciera». Los árboles en vuestro huerto no dicen así, ni lo dicen los rebaños en vuestra pradera.

Ellos dan para vivir, ya que guardar es perecer.

Todo aquel que merece recibir sus días y sus noches, merece —seguramente— de vosotros, todo lo demás.

Y aquel que mereció beber el océano de la vida, merece llenar su copa en vuestro pequeño arroyo.

¿Y cuál será mérito mayor que el de aquel que da el valor y la confianza —no la caridad— de recibir?

¿Y quiénes son ustedes para que los hombres les muestren su seno y les descubran su orgullo para que así vean sus merecimientos desnudos y su orgullo sin confusión?

Miren primero si ustedes mismo merecen dar y ser un instrumento del dar.

Porque, la verdad, es la vida la que da a la vida, mientras que vosotros, que se creen dadores, no son sino testigos.

Los psicólogos afirman que la generosidad va de la mano con la felicidad. Cuando se da de corazón, con alegría, el acto de generosidad produce bienestar en el dador. Innumerables estudios científicos han demostrado que los gestos de generosidad activan zonas del cerebro vinculadas al placer y la dicha, y si estos gestos están dirigidos hacia las personas amadas, esas sensaciones gratificantes crean un ida y vuelta de sentimientos agradables que generan un círculo virtuoso en el que todos ganan: tanto el que da como el que recibe.

¿Quién no sintió alguna vez, frente a un otro que nos enamoró, que sacaba lo mejor de nosotros y que junto a él o ella nos sentíamos mejor personas? Eso sin duda es fruto del amor generoso, del buen amor. Algo que podemos percibir en la historia de la relación entre Sandra Mihanovich y su esposa Marita.

La medicina también ha comprobado que la generosidad es buena para la

salud: aquellas personas que ayudan a otros tienen menos malestares, tanto físicos como emocionales. Y es que la generosidad es un rasgo de la bondad, y al dejar fuera los sentimientos negativos, los beneficios concretos se sienten en cuerpo y en el alma. Está comprobado que las emociones positivas (y la generosidad indudablemente las produce) reducen el estrés y sus efectos negativos, entre ellos, los síntomas relacionados con las enfermedades cardiovasculares. Además, son los mejores antídotos contra la depresión y la carencia de sentido de la propia vida.

La generosidad es, como decíamos, un círculo virtuoso que genera más generosidad. Quien da cosas valiosas motiva a otros a imitarlo. El altruismo multiplica las buenas acciones y puede desatar acciones de generosidad en cadena que benefician al prójimo y que siempre, de alguna manera, volverán multiplicados a quienes dan de corazón. El famoso consejo de la Madre Teresa de Calcuta, *dar hasta que duela*, tiene así su correlato científico respecto de los beneficios de la generosidad: aunque duela, el dar genera felicidad.

Según un artículo publicado en el diario *Clarín* en julio de 2017, la generosidad y la felicidad están conectadas en el cerebro, lo que confirma la idea expuesta anteriormente, ratificada por un estudio realizado por la Universidad de Lubeck, en Alemania, que corroboró la fuerte interacción neuronal entre ambas.

El estudio fue publicado en la revista *Nature*: «Todas las sociedades y culturas valoran el comportamiento generoso de sus individuos —explica el artículo—. Pero la teoría económica siempre ha fracasado al buscar una explicación cuando la generosidad conlleva invertir los recursos propios en beneficio de otros. Los psicólogos han sugerido que el motivo para el comportamiento altruista es el incremento de felicidad que provoca, pero no ofrecían un entendimiento del mecanismo de los procesos neuronales que los vinculan. Para investigar esos procesos del cerebro, la profesora Soyoung Park, del departamento de psicología de la Universidad de Lubeck, dirigió un estudio que analizaba la actividad cerebral de 50 participantes. Los sujetos del experimento recibieron una suma de dinero durante cuatro semanas, aunque la mitad recibió la instrucción de gastarlo en ellos mismos y la otra mitad de gastarlo en otra persona. Los investigadores descubrieron que los participantes que habían gastado el dinero en otros también se mostraron más generosos a la hora de realizar otras tareas independientes, y sus cerebros mostraron más actividad en un área vinculada con el sentimiento de felicidad.

Utilizando imágenes de resonancia magnética, vieron que las decisiones generosas involucraban más el área cerebral conocida como la unión temporoparietal (TPJ, por sus siglas en inglés) y modulaban la conectividad entre esa región y el núcleo estriado relacionado con los cambios en la felicidad. Las conclusiones del estudio podrían tener importantes implicaciones, no solo en las neurociencias, sino también en la educación, en la política, la economía y la salud, ya que, actualmente, según los investigadores, la sociedad subestima los beneficios sociales e individuales del comportamiento generoso y sobreestima el efecto en los motivos egoístas para alcanzar la felicidad».

Tal vez por esta verdadera confusión humana, el comportamiento egoísta suele ser más frecuente en las relaciones interpersonales. La mezquindad es moneda corriente en los amores interesados y carentes de solidaridad, empatía y entrega.

Practicar la generosidad en la pareja, puede ser, entonces, un camino hacia la salud mental y la clave de una vida y de una relación saludable y feliz. El dar y el recibir de manera generosa ayudan, indudablemente, a construir relaciones de alta calidad, marcadas por el afecto genuino, el deseo del bienestar del otro y la gratitud. La generosidad, sobre todo de dar aquello que no tiene precio, es un acto de amor profundo, de amor del bueno.

En el caso de Sandra y Marita, esta generosidad fue una característica fundamental de una historia de amor tal vez inesperada, distinta, marcada por la sensibilidad, por la amistad, por la libertad y la valentía. Una historia de amor del bueno, amor sin límites, que transita por el camino de la generosidad y la entrega incondicional.

10

El proyecto

MUJER DE UN SOLO HOMBRE

Sophia Loren y Carlo Ponti

Sophia Loren debe haber sido una de las mujeres más deseadas del mundo. Más allá de los miles de espectadores que disfrutaron de su belleza a través de la pantalla grande, fueron muchos los galanes que se enamoraron de su sensualidad y voluptuosidad italiana, intentando vanamente conquistarla. Solo uno logró entrar en su corazón, y lo hizo para siempre: Carlo Ponti.

Ese hombre que en cincuenta años de carrera produjo más de cien películas, muchas de ellas clásicos de todos los tiempos (como *La Strada* ; *Roma, ciudad abierta* y *Doctor Zhivago*), será, sin embargo, más recordado como el descubridor y compañero de vida de una de las más célebres divas del cine.

La vida de quien fuera el mito erótico del cine fue digna de una película que, superando cualquier ficción, sorprende: de la más absoluta miseria, el abandono y el sufrimiento, devino en la gloria, la fama y la riqueza.

Sofia Villani Scicolone nació en Roma el 20 de septiembre de 1934, fruto de un embarazo adolescente de su madre, Romilda, y no deseado por su padre, Riccardo Scicolone, que estaba casado con otra mujer. La pequeña tuvo un padre ausente y sufrió las consecuencias del abandono desde muy chica. Ser una «hija ilegítima» fue para ella un estigma con el que cargó casi toda su vida.

Creció así en el seno de una familia monoparental y con necesidades económicas apenas paliadas por el trabajo de su madre, que tocaba el piano en una taberna, en Nápoles, cerca de donde vivían. Sus abuelos le hicieron creer durante los primeros años de su vida que eran sus padres, pero la realidad, finalmente, aparecería implacable.

Romilda era una mujer bellísima, alta, rubia y llamativa, y eso avergonzaba a Sofia, a quien además le pesaba el hecho de tener una madre soltera. Esa *mamma* , que por su maternidad temprana había visto desvanecerse sus sueños de ser actriz, decidió canalizar en sus dos hijas —Sofía y su hermana menor, Maria— aquellos deseos frustrados. Así, llegadas a la adolescencia, llevaba a las chicas a diferentes concursos de belleza y a cuanto cásting se hacía por aquellos tiempos.

Ya a los 14 años Sofia ganó un certamen de belleza, consagrándose «Princesa del Mar», y hasta participó del concurso «Miss Italia» a los 15. A los 16 años se presentó en Cinecittá, para pedir un papel como extra en el filme *Quo Vadis* , que finalmente obtuvo, y por el que cobró cincuenta mil liras (unos ochocientos euros), que sirvieron literalmente para que su familia pudiese comer durante dos semanas.

La vergüenza por el abandono de su padre biológico, que solo (y apenas) le había dado el apellido a ella, pero no a su hermana menor, la llevó a «comprar» el apellido paterno. Con el primer millón de liras que ganó, le pagó a Riccardo Scicolone para restaurar el honor familiar y obligarlo a reconocer a su hija menor. Curiosamente, Sofia pagó por ese apellido para su hermana, porque ella lo había cambiado por «Loren», en parte por vergüenza y en parte por venganza. Tiempo después cambiaría «Sofia» por el más glamoroso «Sophia».

Cuando apenas tenía 17 años, conoció al productor de cine Carlo Ponti, un hombre que le llevaba 22 años, casado con la hija de un militar y padre de dos hijos. Sophia se encontró con Carlo en un restaurante de Roma la noche previa a la elección de Miss Lazio. Él era uno de los jurados del certamen de belleza y la invitó a participar. Sophia salió segunda en el concurso y el día siguiente tuvo su primera cita con el productor, que sería a la postre el único hombre de su vida, con quien construiría un proyecto de vida y trabajo basado en un amor del bueno.

Claramente, el trauma de una figura paterna ausente operó con fuerza en el vínculo entre ambos: Ponti era un hombre protector, que la cuidaba y la aconsejaba, la impulsaba a estudiar y la trataba de manera cariñosa. «Siendo mayor que yo, y más allá del amor, representaba el padre que nunca tuve», admitía Sophia luego de haber descubierto que ambos se habían enamorado, allá por el año 1955.

El productor decidió apoyar y sostener la formación de la actriz demostrando así una gran intuición. Sophia era bellísima y sensual como pocas mujeres en el cine, pero por aquellos tiempos era solo un diamante en bruto. Él supo confiar en esa mujer que además lo había deslumbrado con su porte y apostó a su talento como actriz. Ella no lo defraudó... en ningún sentido.

Un amor clandestino

Como por aquellos tiempos no existía el divorcio en Italia, el amor entre Sophia y Carlo parecía sentenciado a la ilegalidad y a vivir en las sombras. «Estás condenada a ser una amante de por vida», le había dicho a Sophia su propia madre, Romilda. «Serás siempre la puta de Ponti», le soltó una vez el actor Cary Grant.

Naturalmente, no pudieron evitar el escándalo que ese amor prohibido desató en la sociedad italiana, que los condenaba por adúlteros, a instancias

de la Iglesia de Roma. Se habló incluso de excomulgar a Sophia, se criticó con dureza su decisión de donar sangre bajo el argumento de su «impureza», e incluso, a partir de la denuncia de bigamia que los llevó ante los tribunales de la justicia italiana, decidieron abandonar Italia.

Se casaron en México en 1957, pero eso no ayudó a que fueran aceptados socialmente. Recién a partir de la obtención de la ciudadanía francesa de Carlo Ponti lograron hacer válido su matrimonio, celebrado en París en 1966, una vez divorciado legalmente el productor de su primera esposa.

La pequeña gran actriz creció con rapidez y tras su actuación en el filme de Vittorio de Sica *La Ciocciaria (Dos mujeres)* ganó en 1962 el premio Oscar a la mejor actriz. Sophia no había asistido a la ceremonia que se celebró en Los Ángeles porque según le confió a su biógrafa en el libro *Sophia, una vida de novela*, se hubiese desmayado tanto si ganaba como si perdía el galardón.

Fue el mismísimo Cary Grant quien la llamó por teléfono durante la madrugada para comunicarle que había ganado la estatuilla. El actor norteamericano fue una de las celebridades que se enamoró de Sophia, al punto de proponerle matrimonio, oferta que la diva italiana rechazó de plano porque si bien se sentía atraída por el galán, y hasta disfrutaba el coqueteo, prefirió apostar a su pareja, y así se lo hizo saber: ella «aspiraba a formar una familia con Carlo Ponti».

Y vaya si sufrió acoso esta bellísima mujer... y de parte de los hombres más deseables, famosos y ricos del mundo: uno de ellos fue Marlon Brando, a quien ella misma confiesa haber tenido que parar en seco en una oportunidad en la que literalmente se le fue la mano: «Lo miré con calma, mucha calma, le solté: “Ni se te ocurra. No tienes ni idea de cómo puedo llegar a reaccionar; debes tenerme miedo”».

Su compatriota Marcello Mastroianni protagonizó más de una decena de películas con Sophia Loren. El mundo entero reconocía la química que había entre ambos y era casi ineludible la sospecha de un romance. Sin embargo, Sophia siempre lo negó rotundamente. Fueron, eso sí, grandes amigos.

Otro que se rindió a sus pies fue nada menos que Peter Sellers, que se enamoró de la italiana durante la grabación de la película *La millonaria* en 1960. Al respecto, Loren relataría: «Estaba dejando a su mujer y necesitaba consuelo. Él me miraba con sus grandes ojos llorosos de perro apaleado y yo correspondía a su mirada con afecto. Y esto le bastaba para reconfortarlo». De todas maneras, lo recuerda como un hombre de una inteligencia extraordinaria: «Me hacía reír como nadie», afirmó.

Si bien la actriz aceptaba el coqueteo de todos, nunca cedió frente a ninguno. Richard Burton y Richard Wagner fueron otros de los galanes que pusieron sus ojos en la voluptuosa diva italiana.

El largo «primer día»

Junto a Carlo Ponti, Sophia tuvo dos hijos, pese a que los médicos le habían augurado que era poco probable que quedase embarazada: Carlo Jr. y Edoardo. Esa mujer que había comenzado su historia de amor como adúltera fue siempre fiel al hombre que amó. «Es un juego al que yo no juego», respondió cuando le preguntaron si alguna vez había engañado a Ponti.

Por su parte, el productor se dedicó toda su vida a su esposa, la estimuló a que se formase y la promovió, haciéndola crecer como actriz y como estrella hasta lo más alto. De su mano, Sophia ganó el globo de Oro y el Oscar y se convirtió en un símbolo de eterna sensualidad frente al que se rindió el mundo entero. Incluso en 2010, a sus 76 años, fue considerada por una encuesta como la mujer más bella del mundo y seguía realizando campañas publicitarias.

Carlo Ponti, por su lado, podría haber sido considerado el hombre más envidiado del planeta. Muchos nunca entendieron ese amor, teniendo en cuenta que ella era una de las mujeres más deseadas del mundo, y él, un hombre mayor y poco agraciado, que simplemente desde lo estético desentonaba a su lado. Sin embargo, unidos por un buen amor basado en su proyecto de vida, Carlo y Sophia vivieron juntos una historia inolvidable.

Tal vez porque el amor y el cuidado mejoran la calidad de vida de las personas, Ponti fue un hombre muy longevo. Cuando cumplió 90 años, declaró en una entrevista a un diario italiano: «Me hubiera gustado dedicarme a la política, pero me he dedicado a la producción por amor a Sophia y ella me ha sabido corresponder». Y ella, que lo cuidó y estuvo a su lado hasta el último instante, lo dijo cada vez que se le preguntó por Carlo Ponti: «Simplemente fue el hombre de mi vida».

Poco antes de cumplir 80 años, a mediados de 2014, Sophia Loren publicó un libro con sus memorias: *Ayer, hoy y mañana*, en el que ella misma relató detalles de su vida, a la que definió como un «cuento de hadas». Parte de esa historia también fue contada por la periodista italiana Silvana Giacobini en el libro *Una vida de novela*.

En sus memorias, la diva relata paso a paso cómo comenzó a vincularse con ese hombre que fue su descubridor, su mentor, su maestro, su amigo, y con

el tiempo y casi sin querer se convirtió en su amor, «ese hombre estaba entrando en mi vida poco a poco, sin que me diese cuenta. O quizás me daba cuenta y no quería admitirlo. Tenía mucho que enseñarme y yo quería aprender».

Lentamente, y en una suerte de devenir inexorable, el vínculo que los unía iba progresando, hasta que sucedió el episodio que Sophia relata bajo el título de «El anillo»: «El fin del rodaje de la película *La mujer del río* supuso para mí el principio de una nueva vida... El último día del rodaje Carlo se presentó con un estuche. Durante un descanso me llevó aparte y me lo dio, sin pronunciar palabra. Nunca habíamos hablado de nuestra relación y tampoco lo hicimos en ese momento. Fue un instante luminoso, silencioso y eterno. Salí corriendo, y cuando doblé la esquina me eché a llorar de alegría».

Sophia nunca perdonó ni olvidó el abandono de su padre, aunque la vida le compensó esa ausencia con un hombre protector, con una presencia certera que la colmó de amor, cuidados y estímulos. Y su autobiografía da cuenta de todo lo que Ponti, su «hombre ideal», le brindó: «Mire lo que mire, los ojos de mis hijos, las fotos diseminadas por toda la casa, los miles de recuerdos acumulados en el curso de nuestras vidas, me lo encuentro delante, sonriente y seguro de sí. Ahora que ya no está, sigue viviendo en mi pensamiento e inspira mis proyectos. Mi historia —personal, profesional y sobre todo familiar— gira alrededor de mi encuentro con Carlo. A partir de ese momento todo ha sido como un largo, larguísimo primer día que hemos vivido juntos, sin separarnos jamás».

Tras medio siglo de amor, Carlo Ponti murió en Ginebra, donde el matrimonio residía desde hacía pocos meses, el 10 de enero de 2007, a los 97 años. Junto a él estaban su esposa y uno de sus hijos, que acudieron al hospital a acompañarlo en su partida cuando les avisaron que el final era inminente.

«¿Qué se puede decir cuando, después de cincuenta años de vida en común, todo se acaba? Cada mañana, cuando me despierto, me cuesta creer que Carlo no esté. Lo busco por los rincones de nuestra casa, lo reconozco en la voz de nuestros hijos, idéntica a la suya, en las expresiones de nuestros nietos, que viniendo al mundo han iluminado mis días y han completado, de un manera que nunca habría creído posible, la maternidad», revela Sophia en su libro.

Una historia de amor que tuvo sus controversias, como tantas, pero que conmueve y despierta sana envidia. Porque no hay amores perfectos, ni situaciones enteramente idílicas, ni «escenografías» ideales para vivir un gran amor. Pero aquellos que supieron quererse y cuidarse hasta el último día,

unidos contra el mundo, nos enseñan el camino y alimentan la esperanza de todos los que aún creemos en los buenos amores.

Amor, compromiso y proyectos

El amor es sin lugar a dudas el componente esencial de una relación de pareja, es lo que hace la diferencia con cualquier otro tipo de vínculo humano. Claro que se trata del amor romántico, aquel que incluye el cariño, el apego, la protección, pero también la atracción y la pasión.

Sin embargo, el amor no siempre resulta suficiente para que una pareja pueda sostenerse en el tiempo y ser exitosa y feliz. El compromiso y la entrega, el cuidado mutuo y el deseo de que el otro desarrolle su máximo potencial y sea feliz son factores clave también a la hora de definir qué es un amor del bueno. Pero hay otro elemento que hace a la cohesión y al sentido de una relación sostenida en el tiempo: un proyecto común.

En la enorme mayoría de las relaciones de pareja, el proyecto en común puede ser la fundación de una familia y la procreación, y es una aspiración más que válida, ya que tal propósito es uno de los objetivos natural es del matrimonio y está socialmente establecido como mandato ancestral. Sin embargo, ese proyecto podría, con el tiempo, agotarse en sí mismo cuando la familia haya cumplido su cometido y los hijos, ya adultos, hayan dejado el hogar en pos de su propio proyecto. O podría no ser un proyecto si, por múltiples razones —incluso la decisión personal de la pareja—, esos hijos no llegan.

De manera que aquellas parejas que, más allá de trascender a través de su descendencia y haberse abocado al proyecto familiar, logran encontrar otros intereses en común que los impulsen a crecer, desarrollarse, ser generadoras de sus propias empresas y encontrar en esos proyectos la felicidad han tenido la buena fortuna de darle nuevos sentidos a la vida de cada uno de ellos como individuos y a la relación en sí como «sociedad».

Hay una maravillosa frase del libro *El Principito* que dice: «El tiempo que perdiste con tu rosa hace que tu rosa sea tan importante». La idea, aplicable a una pareja que tenga un interés común, podría ser que aquel tiempo invertido (más que «perdido») en el proyecto común, sea cual fuere, lo hace valioso en sí mismo, porque, como no somos eternos, el tiempo es claramente lo más valioso que tenemos los seres humanos.

De manera que todo aquello a lo que le dedicamos tiempo es, en principio,

una maravillosa y generosa forma de entrega, que, las más de las veces, dará frutos muy apreciados. El cuidado del otro, de la relación y del proyecto común (cuando además hay amor, naturalmente) siempre nos conducirá por el camino del buen amor.

Cuidar del otro parece ser la consecuencia natural del afecto y del amor, pero es en realidad el *resultado* de un buen amor. Cuando aparece la necesidad de proteger y de cuidar a la persona a la que amamos, de hacer lo posible para promover su crecimiento, su desarrollo individual y su felicidad, estamos en presencia del verdadero amor.

Nadie pone en tela de juicio —salvo raras excepciones— el amor de los padres, y eso se hace evidente en la protección, los cuidados y el estímulo que estos brindan a sus hijos. ¿Por qué no deberíamos esperar actitudes de cuidado casi paternal entre dos personas que verdaderamente se aman?

Apostar fuerte por un vínculo, cuidar del otro y de la relación y sostener contra viento y marea esa elección, aunque surjan en el camino tentaciones que puedan desviarnos la atención del objetivo, es ya un proyecto saludable, y si además viene cohesionado por un objetivo en común, hay grandes posibilidades de que la pareja se sostenga con éxito a lo largo del tiempo.

Y no necesariamente debería ser una gran empresa, o una carrera artística —como la de Sophia Loren, la gran apuesta de Carlo Ponti—. Los proyectos de una pareja pueden ser muchos e ir cambiando o renovándose a lo largo de su vida. Tal vez los primeros proyectos de la relación sean justamente la quintaescencia de un matrimonio: la creación de una familia y la búsqueda y crianza de los hijos, pero con el tiempo se impondrá seguramente la necesidad de nuevos objetivos que les den impulso para seguir creciendo como personas y como pareja, no solo un «porqué» seguir juntos, sino también un «para qué».

Decía el célebre neurólogo y psiquiatra austríaco Viktor Frankl —autor del libro *El hombre en busca de sentido*, que escribió tras su experiencia como prisionero en los campos de concentración nazis de Auschwitz y Dachau—: «Dame un “para qué” y encontraré el “cómo”. La pareja también debe ir encontrando un sentido o varios sentidos que la mantengan viva a lo largo del tiempo. Y si hay una pasión en común, un objetivo compartido, una empresa a la que ambos apuesten, el camino será más que gratificante».

Y no es cuestión de anular los proyectos individuales de cada uno de los miembros de la pareja o de postergar los sueños personales, sino de compartir la vida encontrando un objetivo que una, un proyecto como pareja que satisfaga y haga felices a ambos.

Cuando Sophia Loren conoció a Carlo Ponti, apostó por esa relación contra todas las vicisitudes, puso su proa en la formación de una familia con él y fue hacia el objetivo. En el camino esperaban mil adversidades, así como tentaciones, los hombres más atractivos del cine y de la televisión que intentaron conquistarla, y sin embargo, apostó por su matrimonio y lo cuidó, seguramente no sin esfuerzo.

Sophia recibió a cambio, además del amor eterno de su hombre, sus cuidados, su protección y su estímulo. Un hombre que a fuerza de amor y dedicación hizo de ella una enorme actriz, prolífica y multipremiada. Una mujer que finalmente —y pese a sus orígenes, sus carencias infantiles y el controvertido comienzo de su relación con él— logró la aceptación, el respeto y la admiración del mundo entero.

Ponti, como el Principito, cuidó a su rosa, y disfrutó de su belleza y de su perfume cuando ella floreció en todo su esplendor.

BONUS TRACK

La Amistad

MI VIDA CON CHINA

Carlos Perciavalle y China Zorrilla

Si existe un amor puro, desinteresado, altruista, profundo, generoso, cómplice, solidario, divertido y eterno... ese amor tiene sin duda como componente predominante la amistad. Claro que a veces ese amor/amistad no incluye erotismo y, por eso, no forma parte de los amores románticos, y tampoco se construye como una pareja que procreará hijos, aunque bien podría considerarse una verdadera familia.

La nobleza de los amores entre amigos merece ser incluida en la nómina de los buenos amores cuando ese vínculo no ha flaqueado nunca, ni aun después de la muerte, y por eso esta historia constituye el *bonus track* de este libro.

China Zorrilla nació en la ciudad de Montevideo, Uruguay, el 14 de marzo de 1922 con el nombre de Concepción Matilde Zorrilla de San Martín, en el seno de una familia de alta sociedad. Su abuelo fue el poeta Juan Zorrilla de San Martín y su padre, el escultor José Luis Zorrilla de San Martín, quien realizó, entre otros, el monumento a Julio Argentino Roca y a José Gervasio Artigas en Buenos Aires. Su madre fue la argentina Guma Muñoz del Campo (descendiente del poeta Estanislao del Campo, autor del *Fausto criollo* y de Artigas, el más célebre prócer uruguayo).

China era la segunda de cinco hermanas. Se crio en París, pero de regreso en Uruguay, muy joven, inició su carrera como actriz y directora de teatro, y a los 24 años viajó becada a Londres, donde estudió en la Royal Academy of Dramatic Art. De regreso en su Montevideo natal, actuó en innumerables obras de teatro con directores tan importantes como Margarita Xirgu y Armando Discépolo.

En una oportunidad, contó que antes de su viaje a Londres se había enamorado de un uruguayo llamado Juan Alberto Capurro Fonseca, pero nunca reveló demasiados detalles de esa relación ni de su vida amorosa en general. En 1971, se estableció en la ciudad de Buenos Aires, adonde fue convocada por Lautaro Murúa para actuar en el filme *Un guapo del 900*, y desde entonces no paró de trabajar, tanto en la Argentina como en el exterior. Se la recordará siempre por la magistral actuación que desplegó en la adaptación al cine de la obra teatral *Esperando la carroza*, que dirigió Alejandro Doria en 1985. Pero también protagonizó en teatro obras de Shakespeare, Oscar Wilde, Chejov y O'Neill.

Fue prolífica y multifacética. Una actriz enorme y una mujer luminosa, inteligente y desopilante. Multipremiada en la Argentina y en su Uruguay natal, galardonada en el exterior, homenajeadada, respetada y amada, fue también una mujer feliz.

Carlos Ernesto Perciavalle Bustamante nació el 16 de mayo de 1946 en Montevideo, Uruguay, y ya a los 15 años debutó en teatro en su ciudad natal. Ya en Buenos Aires, donde se radicó a finales de la década de 1950, conoció al actor Antonio Gasalla estudiando en el Conservatorio Nacional de Arte Dramático. Ambos formaron un dúo actoral prolífico y exitoso, que se separó a mediados de los años setenta. Carlos mismo se proclamó «El Rey del Café Concert», pero su talento lo consagró más allá del teatro de revistas.

En una entrevista con la revista *Pronto*, Perciavalle reveló detalles de su vida amorosa: una relación que tiene más de cuarenta años. Con su pareja, Miguel, viven en casas separadas, aunque —explicó— dentro del mismo predio, en la zona de Laguna del Sauce, cerca de Punta del Este, en la costa uruguaya. El actor contó que nunca creyó en el matrimonio y que con su pareja los une la risa.

Divino tesoro

China Zorrilla y Carlos Perciavalle estrecharon fuerte un lazo de verdadero amor, un vínculo indestructible, que ni siquiera se extinguió tras la desaparición física de la actriz uruguaya que deslumbró con su belleza, su talento y su inteligencia a su amigo cuando ella ya era una actriz reconocida, y él, solo un chico de 13 años.

Carlos había concurrido al teatro con sus compañeros de colegio y su profesor, a ver la obra *Don Gil de las calzas verdes*, de la cual China era protagonista. «Se me cayeron los dientes que después me implanté. Esa es la mejor forma de expresar lo que sentí cuando la vi brillar arriba de ese escenario», declararía luego Carlos, quien después de la función fue hasta el camarín de China para conocerla. Cuando ella abrió la puerta, algo mágico sucedió entre ellos: algo que la impulsó a abrazarlo fuerte, dando comienzo a un vínculo que los uniría «hasta que la muerte los separe».

«Desde ese momento no dejamos de vernos nunca. Ni de reírnos jamás», contó Carlos. «Yo estuve allí, en sus éxitos y en sus poquísimos fracasos». Ella tenía en ese momento 32 años, pero en esta historia la edad no tuvo ninguna importancia. «China fue determinante en mi vida, todo lo genial que me pasó en la vida fue por ella», aseguró Carlos.

Y en efecto, la amistad que los unió para siempre los encontró unidos en los momentos felices y en las tristezas. Trabajaron juntos hasta en Nueva York, donde los aplaudieron de pie. En las tablas también dejaron su impronta, sobre

todo en la obra *El diario de Adán y Eva*, que estrenaron en los años setenta y volvieron a montar en 2007.

En 2015, Carlos publicó sus memorias tituladas *Las mujeres de mi vida. Ellas marcaron mi camino*. En él, habla permanentemente de su amistad con China. Incluso hay un capítulo completamente dedicado a ella: «China, ayer, hoy y siempre». Asegura que fue la mujer que lo completó.

Una curiosa anécdota que ellos cuentan tuvo enorme repercusión en los medios, aunque no son muchos los que les creyeron. Sin embargo, Carlos la relata una y otra vez a quien la quiera escuchar: en 1969, ambos estaban en Bariloche trabajando —hacían la obra *Canciones para mirar*— y alquilaron un auto con el que fueron a recorrer el Lago Nahuel Huapi. En un momento divisaron un bellissimo hotel, El Casco, al cual se acercaron a comer. El lugar tenía un mozo que hablaba alemán y que los invitó, en nombre del dueño del hotel, a conocerlo y a visitar su casa que estaba al lado. La pareja ingresó a una parte del edificio, el hall, en donde había unas trescientas personas. Allí, entre tanta gente, sentados a una de las mesas vieron a dos personas idénticas a Adolf Hitler y Eva Braun.

Los actores sintieron tanto miedo que huyeron inmediatamente del lugar. En otra oportunidad, Perciavalle contó que en 2001 regresó a Bariloche y se encontró con un alemán en el hotel en el que se hospedaba. Le contó al hombre la historia y le preguntó por el Hotel El Casco. El hombre le respondió: «Todos los que vivimos en Bariloche sabemos que el Führer vivía seis meses en Argentina y seis meses en Chile».

«Juntos hemos pasado cosas maravillosas», relata Perciavalle refiriéndose a sus aventuras con su gran amiga. «Cuando las contabámos no nos creían, pero no nos importaba.» También revelaron que estando juntos tuvieron varios encuentros con extraterrestres.

Otra historia sorprendente que Perciavalle contó sobre esa mujer a la que quiso con locura sucedió cuando China había ido a cobrar unos cuarenta mil dólares de un juicio por un choque, y luego tomó un taxi para ir a encontrarse con su amigo, con todo ese dinero en la cartera. Carlos sabía que ella tenía encima el dinero y le pidió que le prestara veinte mil para su hermano que estaba atravesando un problema económico severo. China abrió su cartera en ese instante y le mostró que de los cuarenta mil solo le quedaban tres mil: le había prestado los otros treinta y siete mil al taxista que la llevaba.

El hombre, al reconocerla, había elogiado su labor como actriz, y cuando China le preguntó por su vida, el chofer le contó que estaba pasando un mal

momento porque tenía su casa hipotecada y se la iban a rematar. Debía treinta y siete mil dólares. La uruguayana se los dio y le dijo: «Usted me los devuelve cuando pueda». El hombre, siete años después, le devolvió todo el dinero prestado.

«Por uno solo que te devuelva lo que le has prestado, vale la pena la cantidad de personas que no me han devuelto nada», contó la actriz, emocionada. Y sus amigos aseguran que siempre vivió modestamente porque compartía todo el dinero que ganaba con aquellos que lo necesitaban.

Poco antes de morir, China le pidió casamiento a Carlos. Solía decirle: «Me gustaría irme de este mundo casada», pero Carlos le respondía: «Soy grande para vos». China Zorrilla vivió una larga y hermosa vida. Falleció a los 92 años, el 17 de septiembre de 2014, en su Montevideo natal, rodeada de sus amigos y de su amado Carlos Perciavalle.

Para Carlos, ella no se fue: «Mientras yo viva China va a estar viva, la siento en el corazón. Estar con ella siempre fue una fiesta y por eso la tengo presente todo el tiempo. Teníamos una complicidad absoluta, hasta el último día».

Carlos explicó en varias oportunidades el porqué de su excelente relación con las mujeres: «Será que la mujer es más sabia, y sabe que conmigo no va a tener un romance, pero va a tener una amistad verdadera y que voy a serle fiel eternamente. Le voy a decir siempre la verdad con todo y voy a tratar de atenderla y agasajarla como se merece». Y agregaba: «Adoro a las mujeres. Si no hay mujeres me aburro, porque con ellas charlo de todo».

Amistad: tan fuerte como el amor

Como vimos en capítulos anteriores de este libro, Robert Sternberg cita entre las condiciones de la pareja la intimidad, el compromiso y la pasión. Y dice que cuando los elementos presentes son solamente la intimidad y el compromiso, estamos en presencia de una amistad comprometida y a largo plazo, un tipo de relación que a veces se encuentra en los matrimonios en los que la pasión se fue diluyendo a través del tiempo.

Sin embargo, el compromiso y la intimidad propias de una relación de amigos no es moneda tan frecuente en las relaciones afectivas. El poder compartir con otro los sueños, los deseos más íntimos, las propias debilidades y las risas; poder ser uno mismo sin máscaras frente a aquel al que queremos, sin miedo a ser juzgados ni a que nuestro corazón —abierto de par en par, sin

armaduras— sea lastimado, son características propias de una verdadera, profunda y noble amistad, como la que compartieron Carlos Perciavalle y China Zorrilla.

Sabemos que las relaciones perfectas no existen, pero todos soñamos en algún momento con encontrar esa alma gemela que nos permita desnudarnos, no solo en cuerpo, sino también en alma, sabiendo que el otro jamás usará en contra nuestra aquellas debilidades que le hemos confesado.

¿Cuántas veces hemos sentido que un amigo nos conoce mucho mejor que nuestra pareja? Y es frustrante reconocer que lo que separa a dos que se aman puede llegar a ser la falta de amistad, de una verdadera comunicación y de una confianza propia de los amigos genuinos e incondicionales.

Y es que el amor romántico es fundamental para unirnos a alguien, pero saber que el otro estará allí para escucharnos cuando necesitemos hablar de los temas más íntimos, para sostenernos cuando estemos flaqueando y para reír y disfrutar en los buenos momentos es la clara señal de que la amistad hará de ese vínculo un buen amor.

La amistad es claramente un pilar de la pareja, sin embargo, tal como ocurre con otros pilares, no es algo que pueda ponerse en piloto automático o que no sea necesario alimentar. Del mismo modo en que se da en las relaciones amistosas, debería cultivarse en el buen amor de pareja un dar y recibir constante que nos haga sentir que la persona que amamos forma parte de la natural red de contención que dan los amigos, y que, naturalmente, nosotros seamos lo mismo para el otro.

La amistad que debe existir en un vínculo amoroso es, por lo tanto, infinitamente más compleja que las relaciones de amigos, porque, entre otras cosas, debe sobrellevar la convivencia, tarea ardua que los amigos en general no deberán afrontar. Las dificultades de la vida diaria estarán allí de manera permanente para socavar o —en el mejor de los casos— fortalecer esa relación, y por eso la amistad puede convertirse en ese nexo que haga más llevaderos los problemas, y más divertidos los buenos momentos.

Respeto, complicidad, aceptación de los defectos, sinceridad, generosidad, alegría por la felicidad y realización personal del otro —aunque no nos incluya— son las señales claras de una relación sana, donde la amistad la hará, seguramente, indestructible.

Tal vez la palabra *amistad* sea el compendio de todos los pilares que un buen amor debe reunir. No es fácil lograr semejante nivel de evolución en una pareja. Y sin duda llevará tiempo, inteligencia y dedicación. Para tal nivel de

excelencia en un vínculo que además incluye la pasión, los celos y los miedos (por ejemplo, de perder al otro), es importante que cada uno busque dar lo mejor de sí, que podamos convertirnos en la mejor versión de nosotros mismos, y que en lugar de intentar encontrar al hombre o a la mujer perfectos, intentemos SER la mujer o el hombre perfectos.

Un hombre y una mujer (o cualquier otro tipo de pareja) pueden no encontrar la forma ideal de vínculo amoroso. En algunos casos, que tampoco abundan —como el de China y Perciavalle—, serán capaces, sin embargo, de generar una relación de verdadero amor, tal vez sin pasión, sin sexo, sin erotismo, pero plena de vivencias compartidas, de cariño, de sostén mutuo, de admiración, y fundamentalmente de las risas necesarias para hacer de la vida una fiesta, cuyo invitado de lujo permanezca en ella más allá de la muerte, y logre vivir eternamente en nuestro corazón.

Epílogo

Compañerismo, humor, pasión, fidelidad, admiración, solidaridad, ideales compartidos, atracción, generosidad, proyectos en común y amistad fueron los valores elegidos para rescatar estas historias de amor inspiradoras. Porque aunque los seres humanos hemos recibido un modelo desde la infancia, ya desde esos cuentos para niños en donde abunda el príncipe azul que rescata a la princesa de su sufrimiento y juntos viven felices para siempre, la vida se ha encargado de darnos un baño de realidad (muchas veces con un alto costo) y de hacer pedazos las ilusiones del amor perfecto.

«El príncipe azul destiñe», «los hombres solo buscan sexo», «billetera mata galán», «son todas iguales», «no hay hombres», «las mujeres son interesadas», «no tengo suerte en el amor» y otros tantísimos lugares comunes se propagan como una endemia y se repiten hasta el cansancio para paliar el desconsuelo que conllevan los fracasos amorosos y las malas elecciones de pareja que hacemos a lo largo de la vida.

El lector podrá coincidir o no en su mirada sobre cada una de las parejas elegidas en el presente libro para ejemplificar historias de amor del bueno. Podrá mirar con desconfianza a algunas parejas cuyo vínculo ha caído en algún momento de la historia bajo sospecha por los proyectos y las ambiciones de alguno de sus protagonistas; pero no se puede negar que aun aquellas parejas que pueden apreciarse desparejas —sea por diferencia de edades, por el mayor o menos brillo individual de alguno de ellos o por la dispar belleza física con la que muchos de ellos fueron dotados— se mantuvieron unidas para siempre, y que cada uno de ellos logró un máximo desarrollo personal con la ayuda y los cuidados del otro.

¿Que uno pudo haber amado más y otro se dejó amar? Tal vez... pero ambos recibieron los beneficios de amar y ser amados, del dar y recibir. Y supieron dar lustre a valores que no pueden sino mejorar nuestra vida y nuestra búsqueda de felicidad.

¿Quién no sueña con encontrar una persona a la que admirar por algún aspecto de su vida? Es justamente ese punto el que tantas veces ha hecho la diferencia y ha determinado el enamoramiento: ver en el otro aquellos dones y virtudes de los que uno carece pero desearía tener. Elegirlo, cuidarlo, amarlo,

potenciarlo y sostenerlo en los buenos y en los malos tiempos es auténticamente amor. Ser feliz viendo feliz al otro, o acompañarlo en su dolor de manera incondicional y, sobre todo, poder pasarla bien cuando están juntos deben ser indudablemente los tres pilares de los buenos amores.

Buenos amores que —todo hay que decirlo— no abundan. Sin embargo, estas historias que hemos transitado son solo algunas entre muchas otras que transcurren con más bajo perfil, día a día y a nuestro alrededor. Si lanzamos una mirada a nuestro entorno seguramente encontraremos dentro de nuestras familias o en las de nuestros amigos historias inspiradoras de dos que se enamoraron, que decidieron transitar juntos por la vida cuidándose, respetándose, consolándose, alentándose y riendo juntos todo lo que les haya sido posible.

Esos son los amores con los que soñamos, ni príncipes azules, ni medias naranjas, ni seres perfectos, ni bellas princesas. Dos personas tan comunes para el resto del mundo pero tan extraordinarias para cada uno de ellos. Dos que han tenido la enorme fortuna de encontrarse —más tarde o más temprano— y de reconocerse mutuamente para saber que ese otro era el elegido. Dos que se animaron a darlo todo y a vivir sin medidas el milagro del buen amor.

Los que lo lograron tal vez se puedan identificar con esta idea de John Lennon: «He experimentado de todo, y puedo asegurar que no hay nada mejor que estar en brazos de la persona que amas».

A los que aún lo esperan, una frase del poeta José Ángel Buesa: «No, amor no llegas tarde. Tu corazón y el mío saben que no hay amor tardío».

Grupo  Planeta

¡Seguinos!



¿Te gustó este libro? Te recomendamos...

